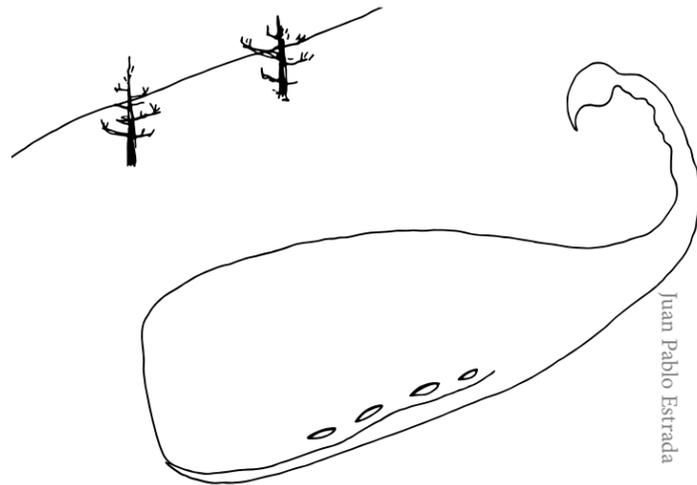


*Confirmado: el mundo es ancho y ajeno*

# LAVARIO HABANERO

(Una modesta clasificación)  
por Optimista Taladro



## El profesional de la literatura

El profesional de la literatura considerada como fraude de las instituciones culturales. El minúsculo transmisor de ese malentendido sin el cual la siempre borrosa literatura no pudiera ser institucionalizada, degradada a la extraña condición de asignatura o plan de trabajo. Un espejo del disparate impune, siempre en regla. Un feliz burócrata cuyas preocupaciones se refieren más al sueldo, al almuerzo, al café, a los chismes de pasillo, a los horarios de oficina, a la frivolidad de premios y publicaciones, a la caza de viajes, que a cuestiones de orden estrictamente literario. Un dócil empleado (dócil como un sátrapa) que despierta de vez en cuando de su institucional somnolencia para asistir a un congresillo o dar un voto infame. Un mediocre a quien la institución ha añadido no solo más mediocridad, sino también, como para acuñar sus monedas, algo grotesco. Una autoridad que posee los atributos de un viviente ISBN.

Dondequiera que haya un profesional de la literatura, sentimos cómo la institución a la que pertenece ejerce su presión atmosférica. Por mucho que el personaje intente engañarnos cae por su propio peso. Da su resbalón entre el pesado hieratismo del funcionario y el relajo en el que de pronto ha caído (tal vez para su propia sorpresa). Incluso cuando se trata de uno muy hábil que quiere pasar por esa clase de cínico que bien sabía lo que hacía al dar un paso más en las mediocridades de la institución (no hubiera podido evitarlo, por compromiso o por ciertos intereses que solo en privado y, muy pocas veces, condesciende a confesar), o si es el caso que quiere pasar por honesto ingenuo que no sabía nada, todo viene a ser lo mismo al final, el mismo jueguito del comprometido,

de la puta que se adelantó a cobrar... Pues el juego con el juego se paga, diría este anfibio atrapado entre un presente triunfalista y un futuro oscuro al que, a pesar de todos sus compromisos y pronunciamientos groseros, ha dejado siempre una puerta abierta. En este sentido, hay que decir que muchos esperamos su desdoblamiento final, su confesión de Tramposa. Mientras tanto, lo seguimos de resbalón en resbalón.

Ya sea profesor mediocre, editor arrogante, crítico-censor en estado de permanente indigestión, conferencista indigente, investigador extraviado, ensayista que confundiría a Montaigne con Champagne, prologuista mercenario, machetero de taller literario, promotor canalla de falsísimos valores, periodista de entusiasmos provincianos, crapuloso organizador de ferias, cocteles o jurados; ya sea mero autor premiado, el profesional de la literatura, en cualquiera de estos oficios de máscaras vividoras, viene a cumplir la función de tachador, de pagado negador de todo aquello que toma su razón de ser en una relación directa con la literatura como pasión y obsesión. Relación que plantean quienes aún encuentran sentido a leer libros inútiles y revolver conversaciones por el excesivo placer de haberlos leído.

El profesional de la literatura ya no lee, o lee muy poco, y solo "por trabajo"; pues ya no tiene tiempo para Sir Thomas Browne o Fernando del Paso (sin embargo, no hay que subestimar a este poderoso y astuto enemigo: algo leyó alguna vez y poco en verdad se le ha escapado de cierto polen de ideas mal flotante; su formación parece haber sido la de un competente estafador que sabe llevar sus delirios adonde quiere, anticipándose siempre a nuestras pobres defensas, como el sofista escurridizo de Platón). En realidad, la Tramposa ya no tiene tiempo para nada que la saque por un momento de su fosa. Que lean los insomnes, los desclasados, los locos, los ingenuos, los paseantes solitarios, diría... ◀

# Nitza Villapol

y la unión de jóvenes colaboracionistas

por Julián Bravo Rodríguez

A Nitza, a la UJC,

in suarum memoriam

Lo malo de la soledad es Nitza Villapol. Es pasmoso el cúmulo de reticencias y de ambigüedades en ese montón de recetas, tantas como un poeta pudiera ambicionar; pero Nitza ha dado en reunir las no en un poemario, no en un recetario a lo Esquivel, sino en un estricto libro de cocinas. Un libro que preludiara, con sagacidad de *microwave*, la más instantánea culinaria, bajo el rutilante sello de "Cocina al minuto". Pues bien, seguidísima Nitza, no vendrían mal algunas correcciones a su histórico volumen. A saber sus potenciales editores (ministros y vendedores del agro, seguramente): donde diga "envolver suavemente la masa", debiera decir "agitar hasta la impertinencia", o la panetela será una borra agazapada; y donde diga "hiérvase en olla de presión", asegúrense de agregar el agua en la lista de ingredientes. Les explico: esta era de imbecilidad empacotada —en que los muebles son *legos* útiles, y la familia se reúne alrededor de un manual de programación para autómatas, a constatar emocionados que en efecto eso que tienen en la mano es un tornillo— requiere de una mesurada explicación, en la cual la función resultante entre interpretación (eje *x*) y ejecución (eje *y*) sea un asta empinadísima.

Harto de nada, pero sobre todo de escaramuzas culinarias y estoicismos dietéticos, me calcé para la caza de una buena pizza. Lanzado a esa aventura por Patilarga, me detuve en una cafetería nueva a mi gusto. El hambre me torcía de verdad, me hacía un hilo de voz; ya me había largado a la calle como un poseso más. Antes he tenido mis disputas con el hambre; esta propia semana escribía un cuento precioso mientras ella me atacaba, pero esa vez la vencí, lo pude terminar (aunque el cuento va un poco del hambre; más bien la usé). Esta noche me abejeaban varias ideas pero más me picaba ella, y ahí estaba entonces, frente a la chillante Rikurita, en la semipenumbra discotecosa (aunque sin música) de una *tería*, en que vendían cerveza clandestina y nada de café. El nombre no lo puedo recordar, el hambre me lo comió.

Una pizza de ají para regatear la dieta y la muchacha era preciosa como su voz, y la sabía usar. La propinaban y era su voz la que atendía; una voz apenas escotada, con una dosis justa de dulzura, una voz que bien medía la barra que la separaba de borrachines viejitos, de comadronas insufribles, una voz capaz de convertir cucharitas de comida en avioncitos, o de despertar palabras que aquí llaman mágicas. En este pueblo de mierda, es tan difícil que te traten bien.

Tanía 19 años y le encantaba el olor a ají asado, pero el ají, como tal, no le llamaba la atención. Para nada le llamaba la atención —dos veces. Pero seguía hablándole a un viejito contento, y a mí me hubiera gustado quedarme allí, junto a la barra, oyéndole atender

personas, comiendo mi pizza de ají hasta vegetar. Pero a la muchacha no le gustaba el ají — ¡para nada! —y me llevé su alergia a otro lado.

Desandando Martí, pensaba en mis anómalos 19, tan desvenecados de trabajos, y en los briosos de esta joven, tan cumplida y quizás estudiante además, quizás más poderosa ya que sus padres empleados del estado. No se me congeló la esperanza cuando llegué a la heladería, y me recibiera un muchacho que tampoco pasaba los 20, también avezado en esa oscura magia verbal.

El picahielos en la crisma de la noche fue un altavoz nasal en mitad de la calle. Una vieja esgrimía su instrumento de poder con decibelios obstinantes, ante una multitud de posesos reunida alrededor de cualquier cosa. Resultaba un homenaje al festival de jóvenes colaboracionistas y su infatuada unión, en sus vísperas; festival que sería a la vez las vísperas del nacimiento del niño de Birán. Solo después de *pagar su peaje*, la vieja comenzó a cantar. Y si el absurdo acuñara leyes gravitatorias, si no hubiera nada que esperar de él más que lo impredecible, ya habría estado escrito que la vieja engolara entonces, con mustio *feeling*: *Perdóname, conciencia* —y con ronca fuerza después — *La razón...no valía...*

Apenas herí a la que me estaba matando y me vino otra vez Nitza Villapol, con todo lo que yacía tras su bizarro nombre: Nitza, una burguesa traumada dada a las masas cuando los Barbichulos, convertida en innovadora racionalizadora, entonces otra joven colaboracionista. De cocina gourmet a comedor obrero, y de ahí a la cocina minimalista, después del cisma noventero. La gente la quería y le creía, pero cada vez le costaba más no escandalizarse con sus irracionales novedades. La pera que derritió el helado fue una serenada presentación televisiva, en medio de una enceguedora crisis, sobre cómo hacer un bistec de toronja. Al minuto.

Lean ahora qué tanto más de absurdo, cuánto de siniestra coincidencia: el propio 13 de agosto, nacimiento del niño de Birán, es el día internacional de los zurdos...

Esta noche va a estar buena... Y mañana celebraremos nuestra agostada navidad. ◀



Juan Pablo Estrada

# El paseo del hombre nuevo

por Ezequiel Suárez

- Margarita Casado le dijo a Yali que ella no podía viajar que ella no era artista, por tanto, no podía viajar. Pero que de todas formas se iba a valorar el caso.
- Iracema le dijo a Ezequiel que tenía que ver a María del Carmen en la UNEAC, solicitando una carta de NO OBJECION dirigida a Inmigración.
- En el Consejo nos encontramos con Freddy Monasterio y Wilfredo Prieto.
- Mientras menos gente lo sepa mejor.
- Iracema le dijo a Yali que tenía que ir al Consejo a hablar con Vivian.
- Vivian le dijo a Yali que tenía que buscar una carta de autorización para poder viajar, firmada por María Milián y por el presidente del FCBC.
- Tania está en Chicago.
- Ezequiel fue a la UNEAC. María del Carmen está de vacaciones.
- El de Recursos Humanos del FCBC le dijo a María Milián que ellos no se encargaban de los Adiestrados.
- María Milián le dijo a Yali que tenía que ir al Ministerio a ver a Godofredo.
- Godofredo está de vacaciones.
- Filiberto ocupa su puesto por el momento, pero él no sabe de eso.
- La portera que quiere ser portero del Ministerio de Cultura no responde cuando se le habla.
- Godofredo (vía telefónica) dijo que el FCBC tiene que dar el visto bueno, pero que de todas formas él no se encarga de eso, que es María Elena.
- María Elena está de Certificado.
- Fátima ocupa por el momento el puesto de María Elena, pero está en una reunión y no vuelve.
- El Sol no ayuda.
- Godofredo (vía telefónica) es un tipo amable, solícito, con mucha pena por no haber podido ayudar a Yali. Le recomienda solicitar nuevamente la carta de autorización firmada por María Milián y el Presidente del FCBC.

- María Milián está en Cienfuegos.
- A Alain, otro Adiestrado, le firmó la carta de autorización María Milián.
- Alain el Adiestrado viajó a España y nunca regresó.
- Vivian e Iracema están de vacaciones.
- Dice María Milián que el director del FCBC está en Sancti Spiritus, que viene mañana.
- Dice Alejandro Rojas que Yali no es artista.
- Situación concreta del proceso.
- Llamar a Colunga y preguntarle por los papeles de Ezequiel y Yali.
- Yali habló ayer con usted.
- Si no está Colunga hablar con Margarita Casado.
- Colunga está para el Ministerio.
- Dice Margarita Casado que como Yali no ha presentado la carta del FCBC no se ha podido hacer nada que desde el 2 de Mayo ellos están "congelados".
- Ezequiel fue a ver a María Milián.
- María Milián le dijo a Ezequiel que no había problemas, que ese mismo día ella llevaría la carta de solicitud del permiso de salida de Yali al FCBC.
- Dice Yaqueline ( del Departamento de Relaciones Internacionales del FCBC) que ella no cree que los Adiestrados pueden salir del país.
- Margarita Casado le dijo a Ezequiel que por qué no hacía los trámites por la UNEAC.
- En UNEAC María del Carmen le dijo a Ezequiel que ellos se encargarían de eso, que había tiempo.
- Yali llamó por teléfono a Yaqueline interesándose por su carta de solicitud, Yaqueline dijo muchas cosas pero no dijo nada.
- María Milián está en Cienfuegos.
- A Alejandro Rojas le queda muy poco tiempo en su cargo de Director del CNAP. Rubén del Valle es su sustituto.
- La carta de solicitud de permiso de salida que María Milián entregó en el FCBC para ser firmada por su director no está, no aparece.
- Dice María Milián que esas cosas pasan.
- La carta ya está firmada y en el escritorio de Rubén del Valle (Rubencito).
- Colunga llevo todos los papeles de Yali al Ministerio de Cultura para ser aprobados por la Comisión.
- En el Ministerio la Comisión pidió el Curriculum de Yali.

- Tania le escribió directamente a la jefa de despacho del Ministro, preguntándole por qué tanta demora en aprobar el permiso de salida de Yali.
- La jefa de despacho le dijo que iba a indagar sobre ese caso.
- Los organizadores de la Bienal enviaron una carta al Ministerio de Cultura manifestando su preocupación al respecto.
- Coincidiendo con una reunión de altos funcionarios de esta institución la Jefa de Despacho del Ministerio habló sobre este caso y decidieron darle "luz verde".
- El permiso de salida de Yali fue aprobado.
- La nota verbal que la UNEAC dirigió a la Embajada de Suecia en Cuba solicitando el visado de Ezequiel decía Suiza en lugar de Suecia.
- Ezequiel fue a la UNEAC solicitando una nueva nota verbal.
- María del Carmen le dijo que no había problemas con eso.
- Ezequiel y Yali se presentaron a la Embajada de Suecia en Cuba y pasaron nuevamente por Miramar.
- En la Embajada de Suecia en Cuba se les otorgó la visa a Yali y Ezequiel. Antes tuvieron que hacerse dos fotos para ser registrados por la Interpol.
- Al parecer los boletos son electrónicos. Ezequiel está preocupado porque no sabe cuál es el número de su asiento en el avión.
- **Avión, besos y éxito. ◀**



Juan Pablo Estrada

# PROCLAMAS

por Ezequiel Suárez

Las Proclamas originalmente están escritas sobre un tercio de hoja A4 y a color, con diferentes diseños. Imagine el lector que caen de arriba, pues lo que tienen ante sí es una transcripción y una selección.

\*

Se acerca un mundo aséptico y rodando como blancos rollos de gasa. Un mundo perfecto, indoloro, de radicales libres.

Un mundo en el que las únicas prohibiciones (regulaciones, más bien) serán de tipo sanitario. Por ejemplo: "No se podrá, en Momentos de Besar, introducir la lengua (no importa el idioma) en otra boca amorosa". Y no es que se prohíba, es que no se podrá. Pues todas las bocas, en ese mundo moral, estarán tupidas por un pómulo: ancho, afeitado, ajustado a la encía de cada uno al nacer.

¿EXISTE ALGO INMORAL EN LA GASA?

\*

Todos unidos para enfrentar. Como hermanos, como hermanas. Hermanas Vivian, hermanos Chapman. Como blancos ejércitos de niñas, como un bulto siamés.

\*

HAY ALTERNATIVAS DE UNOS POCOS DÍAS, DE UNAS POCAS HORAS. PERO RÁPIDAMENTE SON ABSORBIDAS POR EL SISTEMA QUE ODIARON POR MUY BREVE TIEMPO.

\*

un mundo sin ustedes

\*

UNA VIDA SOLO CON VACAS

\*

MADERA, NECESITAS ENTRAR EN MADERA. OLVIDAR LA POMPA, OLVIDAR LA HEMBRA. Y LA MIERDA HIPPIE Y LA MIERDA TECHNO. NO TODO ES POLÍTICA SIMPRE NI ARTE SIEMPRE. NI BUENOS SENTIMIENTOS NI HACER CARRERA SIEMPRE. ¡MIRA ESA CURVA EN EL CIELO, ESA FORMICA!

\*

NINGUNA PELÍCULA PUEDE VERSE DE PERFIL, NADIE SE ATREVE.

\*

LA OLLA SIEMPRE EST´A FR´IA

\*

No pasa nada, el tiempo pasa, los pájaros están firmes en el cielo, las palmas son estacas, el rectilíneo sol dando en la mata, un mar de perro, un sol de perro, falso mar, marchando junto a otro mar verdadero, sin dramaturgia, pensaba

\*

SAVÓN NO BAJARÁ UN ÁTOMO DEL RING

\*

El ojo no descansa, aunque uno esté dormido él sigue allí moviéndose. Dos bolitas son los ojos, uno blanco y uno blanco. Todo cuanto se ve (todo es gigante) se almacena detrás del ojo o caja negra. No es paranoia, te vigilan.

\*

Se acerca un mundo de silicio blanco, de pequeños y largos mecanismos de silicio blanco. Con Londres y Grecia de mala calidad. Y ratas de silicio blanco, rápidas como un encéfalo.

\*

AQUÍ LO QUE HACE FALTA ES TERCIOPELO, camiones de terciopelo bajo un sol de Flandes

\*

La no participación, esa es la cosa. Y si vienen a invitarte o a citarte para una reunión, una concentración, una exposición o algo, te pones la mano en el cachete y dices que no, que te encantaría participar pero que no puedes, que acabas de sacarte 17 muelas. Di eso o cualquier otra cosa. Que tienes un temor cerebral, dices. Y empiezas a hablar enredado y a decir: BALLA, OZENFANT, REDON, YESO, PETRÓLEO, CAVIAR.

\*

Los jovencitos no comen, ningún DJ come

\*

TODOS LOS DÍAS HAY QUE LEVANTARSE DE UNA CAMA. EN SILENCIO O CON UN SONIDO. SACUDIR EL CUERPO PRIMERO, CON FUERZA. SUBIR LOS PÁRPADOS LENTAMENTE, COMO QUIEN IZA UNA BANDERA

\*

Tener pareja es como pertenecer a un partido.

\*

La comida debería venir por una llave igual que el agua, espesa y láctea. Así uno no tendría que gastar tanta energía y tiempo en esa triple esclavitud (desayuno - almuerzo - comida) que es alimentar un cuerpo. Porque comer cansa. Tanto como trabajar, cansa. Y no importa que uno se eche para atrás de vez en cuando en la silla mientras come y se tome unas vacaciones de uno o dos minutos con segundos. HAY QUE SEGUIR MAMANDO.

\*

HAY ARTISTAS ESTATALES EN BAYAMO Y EN MIAMI. Y HAY ARTISTAS CON MISIÓN: DEJAR UNA HUEYA, PROFUNDA, EN LA NIEVE. Y HAY RATAS, Y HAY NO ARTISTAS. Y HAY ALGO PEOR QUE ESO: ARTISTAS QUE SE CREEN FINOS PORQUE EL ÉXTO O EL INFAME DINERO NUNCA LOS ROZO ◀



Julio López-Casal

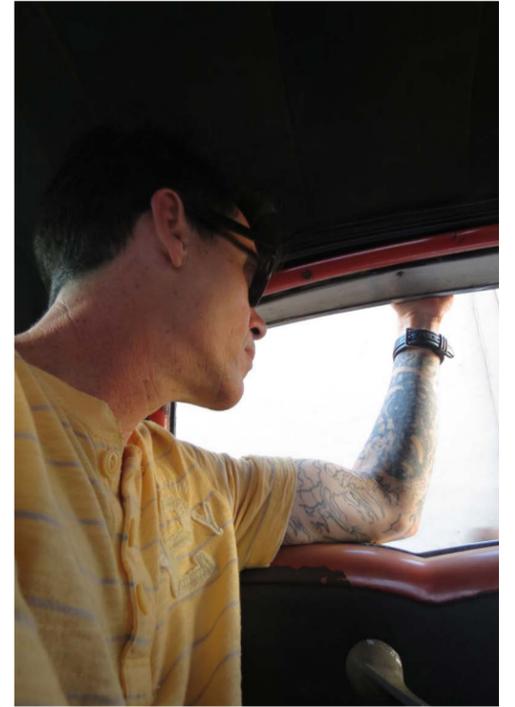
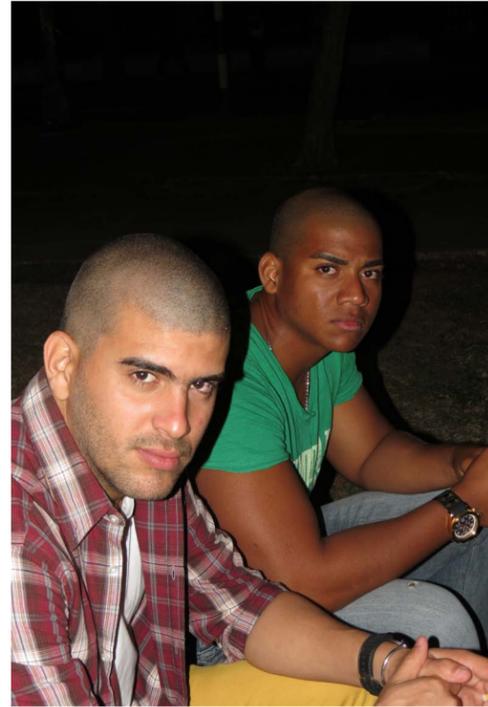


# Alejandro Valderrama



*el Buti*. Le gustan las “hipótesis” tanto como las “ocupaciones meditadas.” Es el hijo de Onelia. Considera que el póker y los patines guardan alguna relación. También considera algunas cosas sobre futbol y Wikipedia. Medita. A veces ni parece estar haciendo fotos.







La insistencia, el descaro, el flow, cierta crueldad y ambición, convirtieron al Chacal en uno de los exponentes más hábiles, versátiles y seguidos del reguetón cubano. Alguna vez fue un estudiante interno de preuniversitario (un becado) como tantos otros con suerte similar. Alguna vez se supuso que sería profesor de primaria, como también se supuso que sería uno más en la música urbana. Pero los hechos relatan cómo se supo reinventar, cómo perfiló un estilo agresivo y seductor que no dejó indiferente a casi ninguna hembra potencial consumidora, cómo sobrevivió a *Los Chavos* (su banda de juventud) y a Baby Lore (un exponente del género que gozó de buena fama en un tiempo, y que en algún momento le dio “trabajo” en su proyecto).

Si alguien coincide conmigo en que el reguetón es, entre otras cosas, una atrofia severa de la glándula secretora de autoestima, provocada por el consumo excesivo de cultura pop caribeña y de Cine Clase B, entonces está listo para entender un fenómeno como el Chacal en plena Cuba a inicios del milenio. De su propia boca oímos que la música urbana comenzó como un juego para él, como un pretexto para evadir clases en la escuela, cantando como suyas en festivales estudiantiles las letras de un rapero vecino suyo. Luego, obviamente, se tomó más en serio la cosa. Su timbre de voz bien peculiar, la influencia del rap americano y la música urbana en español de dentro y de fuera, derivaron en ese explosivo *performer* que combina lo más elemental de la proyección de un Zack de la Rocha con un manejo ocurrente y soez de la jerga callejera. Para todos aquellos que viven e insisten en vivir la calle como una escuela, como el campo de juego de una vida más que real, el Chacal y algunos de los cantantes urbanos de su generación han representado la apuesta en grande por un estilo de vida, que surge en los lodazales de la cotidianidad cubana y se vuelve élite gracias a la simbiosis con ella misma: el reguetón es un refugio que se convirtió en cuartel y un cuartel que se convirtió en el más rentable de los negocios culturales.

\*\*\*

Aunque parezca contradictorio, lo que le interesa proyectar escénicamente al Chacal tiene más que ver con el Hip Hop y el Heavy Metal que con cualquier afluente específico de la Música Cubana: una Timba pasada por el filtro del Punk y puesta en práctica dentro del terreno de juego del reguetón habanero. El resultado es música cubana, porque es posible identificar en su sonoridad determinada herencia del Son, y porque sin ningún tipo de “complejo de inferioridad” prescindan de la influencia de la Nueva Trova o cualquier otro tipo óptica moralizante. O sea, el Chacal hace Música Cubana no canónica, sin pretensiones, auténtica y popular.

\*\*\*

El Chacal habla abiertamente de los intereses y necesidades de un grupo social que a la vez puede ser visto como una generación o como la marginalidad, o como las tres cosas a la vez. Atrapa la atención de gente en barrios periféricos, de nuevos ricos, de gente que escucha rock, de intelectuales, de foráneos y de gente como yo. Sería un error evaluarlo a él y al reguetón desde el prisma maniueo y obtuso de la Historia de la Música Cubana y su Deber Ser. Si se hace eco del argot popular, plagado de malas palabras y violencia simbólica, es porque le interesa más ser vocero de su tiempo que de ideales obsoletos; tampoco siente la necesidad de importar a la música cubana el pop globalizado, meloso e insoportable que

se empeñan en inyectar los necios, los mediocres y los clasistas. Si hace una música estructuralmente menos compleja que la hecha en la era del pentagrama, no es menos por ello. Que no se olvide que los tambores cubanos estuvieron muchos años al margen de la tiranía de papel pautado y hoy se exhiben como un trofeo de caza en el Panteón de la Cultura Cubana.

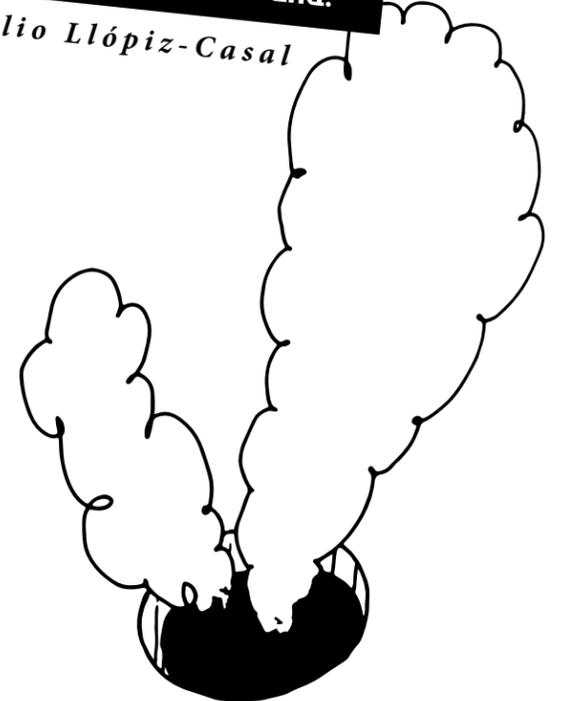
\*\*\*

Acabo de encontrar un Flyer que anuncia un concierto único del Chacal en Teatro Nacional de Cuba, acompañado por Gonzalito Ruvalcaba al piano, Jaroldy Abreu en las percusiones, Gastón Joya al bajo y Liam Howlett (de The Prodigy) en el sintetizador y las máquinas. Hay un montón de invitados entre los que se encuentran Yakarta, Yet Garbey, Baby Lore, School Boy Q, el Insurrecto, Kanye West y J Balvin entre otros... Entonces desperté. Ya veremos... De momento el Chacal sigue dando señales de vida sin importar cuánto haya perdido en el camino. Siempre hay que perder algo. El Chacal lo que no pierde es tiempo. El tiempo pasa. ◀

# CHACAL

una quemadura de tercer grado sobre el pellejo de La Habana.

por Julio Llópez-Casal





## Still de video por Raquel Cruz

Primero lo que indica la onomástica: Martin proviene del latín, y significa Guerrero.

Segundo, lo que es patrimonio de la cosa pública: De Martin Kippenberger es sabido que, entre otras excentricidades cognitivas, se permitió el lujo de autocastigarse en la esquina.

Tercero, lo que nos concierne con el solivianto de las trivialidades benignas: apelando a procedimientos investigativos varios, se ha especulado que protagonizó el videoclip *Iridiscencia del solsticio en las aceras de granito*.

Esta hipótesis de arriesgados está fundada en las fuentes de la tradición oral (alguien ha dicho que estuvo por allí la tarde new-yorkina en que una activa no revelada le comentó a su cómplice: Míralo al Kippenberger como posa, como si fuera una estrella del videoclip contemporáneo). Para el dudoso evento aventuramos un trasfondo con timbres de balada rock alemana, que describe un rasgo fundamental del carácter del artista: *Langweilig* (versión unplugged). De ahí que al insurgente le apeteciera tanto la escenografía, o lo que suavemente hemos entendido como el foco.

Mecanismos de cámaras ocultas actuando de por medio, y el germano se posaba insondable sobre el sofá que no podemos más

que suponer cómo fue a dar a aquella esquina. Se desconoce el interés específico de Kippenberger por el audiovisual. (Sabemos, por ejemplo, que el confeso Ai Wei Wei, rotundo en negativas, se abstiene de escuchar música.) Ignoramos si se trata de una incurción en el videoarte, la videocreación, o el performance registrado con fondo musical.

Mucho se ha hablado sobre este suceso en términos de apócrifo, de leyenda urbana, de trastornos de personalidad... incluso de problemas dermatológicos asociados a la carencia de *Vitamina D*. Certeramente, lo único que difiere de la radiografía nebulosa de esta historia es la confidencia de un tal Herr K... Este personaje desmiente la versión del videoclip afirmando que Martin sí posaba, pero para un óleo sobre lienzo que le practicaba simultáneamente el pintor de marras.

-Sí, en pleno año 198...

-Sí, en situaciones peculiares; en una esquina de la capital del mundo; sentado en un sofá fruto de la autogestión.

-Sí, Herr Martin también era pintor y bien que pudiera haberse auto-reflejado en tales circunstancias...

...

Semejante explicación deja fuera la instantánea encontrada en las colecciones del MoMA, que ha querido ser entendida como un still de video. ◀

# Historias de Puercos

Por Santiago Díaz M. Optimista Taladro

## Historia del puerco durmiente

Había dos puercos en el edificio. Uno vivía en el apartamento del vendedor de peces y era como un puerquito tibetano, manso y silencioso; el otro vivía en el del carpintero y chillaba con la potencia de una alarma de guerra. Los vecinos se quejaban de esos chillidos, pero no cambiaban nada y la situación era insoportable. Cuando una avalancha de denuncias estaba a punto de caerles encima, el carpintero y su mujer tuvieron una idea. Como todo ángel, toda idea es terrible. Decidieron hacerle tragar un dormitivo al puerco cada vez que se les pusiera a chillar como pariente innoble, lo cual sucedía –la verdad es siempre histérica– con una frecuencia que dejaba a los razonables vecinos en completo desamparo. Machacaron unas pastillas para la alergia y polvorearon con ellas la comida del enérgico chillón. Así llegó el primer sueño. A partir de esa noche, cuando el inocente comenzaba su abocinamiento regular –al principio, solo sucedía de noche–, el buen carpintero, tiernamente auxiliado de su mujer, le servía la comida empastillada y lo vigilaban hasta verlo caer en un sueño profundo, maravilloso como el de un falso envenenamiento que aún no deja entrever la tragedia.

El enemigo común había sido silenciado. Se abrió un paréntesis de paz que se cerró pronto: a partir del segundo día, el poseso comenzó a chillar con redoblada intensidad, como si el forzado descanso de la noche agudizara los chillidos del día. Entonces, el matrimonio decidió ponerlo a vivir en la bañera, sobre un poco de aserrín (el tragante era taponeado, para evitar las tupiciones). Aumentó la dosis y el puerco empezó a dormir hasta mediodía. Despertaba aturdido y no salía de ese aturdimiento hasta las seis, aunque no paraba de comer. A esa hora, el carpintero lo echaba en un rincón y limpiaba la bañera, en un minuto, sin insistir en retoques excesivos, como quien no tiene tiempo para reflexiones de higiene. En esto, era más amigo del animal que de sí mismo, un San Francisco de los puercos. Y la mujer lo seguía a la amarillenta y cagada bañera como dormida ella también. Tres minutos después volvía el durmiente a su aserrín. Así pasaron dos meses, durante los cuales creció y engordó, silencioso como un inmenso hongo. Ni una sola vez volvió a chillar en todo ese tiempo; aunque sufría constantemente de unos extraños espasmos, como estornudos, acompañados de una hinchazón progresiva. Defecaba y orinaba, lo mismo dormido que despierto, y cuando despertaba era como si el primer espasmo lo devolviera a la confusión de su falseada vigilia, obligándolo a muecas que parecían las de un conocedor

del engaño. Se fatigaba. Echado sobre la comida, parecía preguntarse: “¿sueño y muerdo desesperado lo que puedo en mi sueño de puerco, o me encuentro despierto y vivo sin vivir el desenfreno de mi vigilia de puerco?” Todo es duda y ojos se necesitan hasta en los mismos ojos, como diría aquel jesuita español. Al tercer mes le salieron unas manchas verdes. El carpintero se asustó: había gastado mucho, demasiado, en pastillas, y ese era el puerco de fin de año. Suspendieron por un tiempo el empastillamiento, iluminados por las posibilidades de una desintoxicación. Inútil todo: el durmiente murió. El matrimonio tuvo una noche desesperada, de luto hipócrita y obsesivo. Su arrepentimiento les decía: “tanto gastar en pastillas, tanto silenciar y temer a los vecinos... ¡para nada!” Y los mordió la duda final: ¿qué hacer con el cuerpo? ¿Se podría salvar algo, un filón incorrupto, un bistecito? ¿Venderlo, como quería la crueldad del pueblo: “a precio de cochino enfermo”? Vencieron el horror y la prudencia: lo lanzaron al basurero, envuelto en una sábana blanca. Arrepentidos, corrieron de vuelta a rescatarlo, pues alguien les dio idea de encontrar provecho en algunos pellejos secretos. Como Jesús del Santo Sepulcro, el animal había desaparecido.

## Historia del puerco de azotea

La historia de este puerco haría parpadeara todo el ejército de Terracota. A los tres meses justos de nacido, su primer dueño, que vivía en el lejano oriente, lo metió en un saco y lo trajo a La Habana. Hombre y saco, y otros bultos menos comprometidos, atravesaron la isla en las incontables etapas de dos larguísimos días. No hubo rastra, camión, tren o trencillo, lamentosas guaguas o chatarras del falso ómnibus cuya numeración les fuera propicia, que ellos no montaran. A veces, el hombre ganaba espacio para echarse abajo, en un rincón, bien apretujado a sus bultos, y se envolvía en una manta enorme que lo cubría todo. Hombre y puerco parecían, cuando este daba sacudidas, un manteado dragoncillo chino en un momento de penosa desarticulación (ese momento en que uno de sus miembros se vuelve una especie de disidente interior, decide seguir otro camino y ganar lo que desde el exterior luce tan ridículo como la autonomía de un culo, una cabeza o un par de patas que parecen querer avivar solas la festejada tradición). En uno de esos trenes llegaron a subir hasta cuatro inquietísimos dragones.

En La Habana, el Ascendente llegó a su segundo dueño por vía de trueque. Le arreglaron una casuchita en la azotea, techada con latones viejos y malamente sostenida con tablas de pino, pintadas de cal. Cuando el sol castigaba, parecía más un horno para jamonear por adelantado que una caseta. El pobre animal vivía como en Napalm. Si golpeaba la prisión de su tablado levantaba un polvillo infame, mezcla de cal y óxido desprendido de los sucios latones, que le iba blanqueando el hocico hasta que se le formaba una capa cuarteada de matices rojizos, como si se hubiera pintarrajeado él solo para la guerra. Aquel polvillo era interminable. Un regaño interminable. Sintiendo así humillado, el animal continuaba golpeando en busca de una frotación que lo aliviara.

La tarde que cayeron un par de tablas y logró salir de su improvisado horno había fiesta en la azotea. El dueño y su hijo, borrachos como un par de *mujiks* incendiarios, empezaron a balancearlo sobre el vacío, cantando a coro con los invitados (unos gritones hambrientos que, por la comida prometida, se hubieran dejado colgar ellos también). En el balanceo, de tan ligero, el puerco se les metamorfoseó en perro chino, pasivo, aunque resbaladizo. Lo elevaron para lanzarlo, no a la farsa de uno o de dos, sino a la farsa de tres y, en efecto –Newton no miente–, el perro, metamorfoseándose una postrera vez en puerco, cayó... Silencio. Caras de espanto y asombro trágico. El habitual chorro de interjecciones y luego el grito que devuelve el movimiento al carrusel perverso de la realidad. Todos se asomaron alargando y retorciendo cuellos y brazos de apoyo... La imagen: en el centro de un hormiguero de gentes, una mesa ensangrentada. Clavados y reventados sobre ella dos cuerpos; en el suelo, como gimiendo: “Padre, ¿por qué me has lanzado?”, el puerco... De los cuatro viejos que jugaban dominó se salvaron dos. Según contaron, uno de los aplastados se había pasado la tarde blasfemando, de tanta hambre... El Señor escucha, el Señor da.

### Historia de Criador, el famoso verraco, la puerca paridora y el cuñadito ayudante

De los veinte puercos que tenía Criador en su granja, dos se habían hecho famosos en todo el pueblo: el verraco o pagado semental y la puerca paridora. Los otros eran como autores menores de una antología o de una generación que, a su manera y en cierto momento, habían venido a formar parte de la vanguardia del relleno. Criador los mantenía en un confort honorable, pero lo mejor iba siempre al verraco y a la puerca: el Faraón y la Faraona, como los llamaban.

Todo el que buscaba “echarle su puerca a un verraco”-para lograr la cópula perfecta que engendra una prole numerosa, el breve ensarte de próspera fecundidad-, emprendía su caminata de cristiano peregrino con la puerca a su lado, como una perra, hasta los corrales de Criador, y solicitaba impaciente las leches del verraco. Según el orden de las llegadas, esta impaciencia sufría desigual demora; pero ya fuera breve o larga, al entrar la Pagada al corral del Faraón, el caminador quedaba tan satisfecho como ella, pues veía cómo la impaciencia del verraco hacía justicia a la suya y, convertido este en Pagador, cerraba el negocio a la altura de su fama. Los que despreciaban esa burocracia del apareamiento, un poco más alejados del principio en el ciclo de la vida, y buscaban comprar puerquitos bien formados, a punto de salir del período de lactancia materna, inocentes destetados, sabían que la Faraona tenía algo para ellos. Era la Gran Multiplicadora: pasaba siempre de diez la cantidad de sus nacidos. Un rendimiento asombroso que la mantenía en lo más alto de la élite de paridoras locales. Era un cliché de los entendidos en genealogías suponer que la mayoría de ellas descendían de los faraones, la pareja del acoplamiento original.

Un poco antes, a sus veintiséis años, Criador había heredado el negocio de los puercos. El padre y sus tíos se fueron a Miami en lancha de salida ilegal (aquí el adjetivo se volvía extraordinariamente riguroso), al cabo de tres años de sudados trabajos y brillantes planificaciones. Cada uno había logrado reunir los cinco mil dólares de la partida en dos años, pero de repente se les complicó a los tíos la venta de su casa y decidieron tomarse otro año para evitar enredos y chapucerías. Cuando llegó el momento de la escapada, el hijo y sobrino, que había vivido siempre al margen del negocio, quedó solo a cargo de todo, heredero y confundido. Pero esa confusión, como si de peón hubiera pasado inopinadamente a rey, pasó pronto: el muchacho quería trabajar para pagar él también su rescate, sin ayudas de nadie. Comprendió entonces el valor de la tradición heredada y se convirtió en Criador. Luego llegaron el verraco y la puerca, los puntales del negocio, imanes para las buenas cuentas. Con ellos empezó su dinastía, tres años de consagración absoluta al criadero, al goce casi místico de verse ahorrar. Su jadeo en los corrales era como el minuterero de su motivación: si abría una puerta, pensaba: “Miami”; si la cerraba: “Miami”; si echaba la comida en los calderos: “Miami”; si ponía candados o multiplicaba las rejas: “Miami”; si encaraba orines y excrementos: “Miami”. Todo era Miami. A cada minuto de obsesiva evocación, la distancia y la espera se le recortaban, creciéndole sus ahorros como cifra de un misterio de lanchas.

Cuando los faraones comenzaron a reinar, el orgullo de Criador fue alcanzando la profundidad de su obsesión. Veía, por ejemplo, que Faraón era un verraco con *swing*. Un ensartador que parecía moverse como el divino James Brown, disparando hacia todas partes su adictiva metralla del “like a sex machine”; “un monstruo de la naturaleza”. Y la Faraona, al parecer, no paría puerquitos, sino millas a Miami.

Pero faltaban otras compañías. Ese *ménage á trois* en el cual Criador, infatigable, sostenía una lujuriosa vigilancia sobre los faraones, perdió su soledad. Al finalizar el segundo año, decidió introducir un cambio para no atraer las sombras de una mala racha. Tenía mucho trabajo, la envidia laberíntica de los vecinos lo asediaba y, por encima de todo, no quería volverse en tres años un ganatotodo agotado (un antiguo proverbio chino dice: “el hombre debe temer la fama, el cerdo la gordura”). Un ayudante era el añadido químico que faltaba, el apoyo tranquilizador, el alargamiento de la mano derecha. Pero era difícil encontrar uno que no le vagueara. En sus amigos no hubiera delegado ni la custodia de un huevo, les faltaba cierta disposición fundamental. Sus primos eran unos vagos siniestros que no trabajaban y siempre, nadie sabía cómo, tenían dinero para los más sonados faranduleos (Criador pensaba en ellos en un generoso copretérito). Vino a salvarlo la idea de tomar al cuñadito de ayudante y darle una alegría a la novia.

Nada es perfecto; ni Japón. Había en el cuñadito ciertas imperfecciones que le inquietaban: el nombre y su fondo de adolescente oscuro que en algún momento sacaría afuera su Mr. Hyde de insospechables abusos y terrorismos de gran catástrofe. Se llamaba Miguel, pero la gentucita que lo rodeaba de niño, destrozándole la vida para siempre, como si supiera qué hay en un nombre y qué se puede destruir en él, lo llamó Chirulí, y le corrigió el Miguel como un error de pronunciación. El mismo, cabroncito indolente, nunca protestó, más bien parecía encantado. Como si le sudaran los ojos por ofrecer un contenido a su segundo nombre. Criador no se sentía cómodo con él. En ciertas transiciones que observaba, veía cómo pasaba de pequeño y dócil charlatán a creciente burlón de potencial desconocido.

Sin embargo, cuando fue convocado por Criador, se apareció forrado de las mejores cualidades de un leñador de fábula. En unas pocas semanas su trabajo se hizo respetar como marea alta. Pero la eficacia de este trabajo, según notaba el Jefe, siempre receloso, aspiraba a colocarse bajo una vigilancia que le prometiera alguna recompensa ya paladeada y que, al parecer, nada tenía que ver con una reducción de la condena laboral. Criador tenía la impresión de que su ayudante le decía: “¿A quién le importa, cuñado, la esperpéntica ridiculez de un nombre como Chirulí, del cual ni siquiera a mí se me escapa que suena a mascota dócil y pronta para los saltillos del rechifle, si podemos decir que he atendido a todos estos puercos como apóstoles? He dejado mi vida de dormilón de eutanasia para entrar en estos corrales y quedar como enjaulado en ellos; he trabajado duro, durísimo, escondiendo los bostezos bajo la manga. Tengo ojeras como las de Gardel y hasta han llegado a chillarme las vértebras. Todo para que tú llegues cargado de pesos y fresco como un ostión de desayuno a Miami. Cuando te vayas, no me olvides”. Rendido ante la evidencia del trabajo, Criador se iba flexibilizando. Al cabo de un mes ya lo dejaba manejar los asuntos del verraco, cepillar a la puerca, atender a algunos compradores... El ejemplar Chirulí, que de vigilado había pasado a vigilante, iba y venía por los corrales sin vaguear, pero haciendo unos chistecitos picantes y sonantes sobre los faraones que despertaban la suspicacia de Criador. Cuando la Faraona era penetrada por su Faraón, el Jefe notaba cómo la mirada del ayudante despedía el brillo salvaje de los amordazados. Era una mirada de mucha insistencia en la que se reflejaba tanto la curiosidad de un aprendiz como la sufrida retirada de una fiera en celo.

Y la fiera atacó. Una, dos, tres veces se coló de madrugada en el corral de la Faraona que parecía gozar la aventura como una Puerca de oro. Pero a la tercera vez, que suele ser la de una insistencia desaconsejada, el cabroncito recibió un linternazo sobre su secreto. Fue sorprendido por Criador en lo más reñido de su cabalgata sobre la abierta y sometida paridora, lo cual no le impidió recibir como un estímulo perfecto el grito del Jefe y poderoso cuñado, y

alcanzar la cima de un desgarrador orgasmo (el grito había evocado unos grandísimos Cojones, pero al cuñadito le había parecido un Bravo). Llegando adonde quería tuvo a bien desacoplarse en retirada hacia lo más oscuro del corral y lanzar allí, canalla, el chorro de sus trabajos de amor perdidos. Precisamente eso fue lo que dolió a Criador, pues el así bendecido rincón era el de sus mejores herramientas. Cuando la luz de la linterna despejó las tinieblas, la falsa, aunque persistente “lluvia de verraco” brillaba con toda la insolencia de una esperma recién liberada. El Jefe exigió la limpieza inmediata de sus pertenencias y, para el día siguiente, la compra de un nuevo arsenal que ampliara su inventario y asegurara las sustituciones correspondientes. Eso fue todo: un reclamo de indemnización sin la hostilidad de más gritos. Luego vinieron las carcajadas de un interrogador insobornable, el cuñado como cuñado jodedor. Y el interrogado puso toda su vida en un monólogo.

### Palabras de Chirulí a la luz de las estrellas, bajo la constelación del Verraco Inconstante

*“Siempre he odiado la mañana. No hay nada que me parezca más insufrible que tener que madrugar y cantar yo también un himno del sol. Madrugar a las 6, a las 7, a las 8, a las 9, a las 10, con la alegría de un girasol que pudiera no solo girar, sino también asentir, me parece una gran miseria, un camión de fuerza que quiere colgarse de nuestra vida como de nuestra vista de niños un arcoíris. Cuando no he podido evitarlo –y créeme, soy capaz de todo por evitarlo-, y he tenido que despedirme de alguna de mis noches, ha sido mi sueño, literalmente, una pesadilla a la que cuadra el temible adjetivo “solar”. Pero soy un cabroncito privilegiado. He ganado unos cuantos años durmiendo hasta mediodía, como dicen los apostadores: “con las probabilidades en contra”, y vigilado por mi familia como un “enemigo del pueblo.” Hasta que llegaste tú a la vida triste y zigzagueante de mi hermana y luego llegó ella a mi cama y me despertó, justamente cuando yo soñaba que dormía soñando que estaba durmiendo soñado, y me dijo que tenía trabajo para mí, que se me había acabado la dormidera –que ella consideraba una falla genética- y fue como si dijera que se me había acabado la vida. Comprendí que esta vez no escaparía: grande había sido mi descaro y ahora era, sin merecerlo, un cuñado rescatado. Fue un momento doloroso, me sentía oprimido por su histeria de ama de casa. Había que escucharla, fingir un despertar completo, una gratitud-reflejo. Me habló de ti como del salvador de la familia. “Este es el Hombre”, me dijo, como si dijera “Criador para presidente”. Y precisó sin rodeos: “le queda poco en esta isla miserable a la que quiere sacar hasta el último centavo. Se va a Miami. Dice que quiere llevarme con él. Ya tiene el dinero de la lancha, pero quiere más. Necesita un ayudante de confianza. Votó por ti. Tiene la fe de un vendedor de mostaza. Así que me importa un clavicordio sueco si eres un artista del sueño o un genial tocino de la abuela, es hora de ponerse a trabajar, de ser constante en algo serio. A tu edad hay que ir entrelazando el sentido del trabajo con el de la existencia. Si todo sale bien, tal vez te deja al frente del negocio. Es todo una cadena, mi hermanito, no hay que*

despreciar las posibilidades de este eslabonamiento invaluable”. No hubo réplica. Ante la vida de mi hermana, la mía no hubiera podido replicar nada. Entré a tus corrales como aquel poeta a su desierto. Y empezó mi Stalingrado. “Ni un paso atrás”, le habían ordenado a aquellos soldados rusos que combatían bajo un doble terror: el de la avanzada nazi y el de la literalidad de esa orden. Y así luchaba yo en tus corrales con mis días ordenándome: “ni un paso atrás”, después de haber pasado toda mi vida resbalando de una cosa en otra y como pensando: “ni un paso más”.

Lo difícil fue encontrar un ritmo, un desprecio para mi perspectiva de vago irredento o “constante inconstancia”. El trabajo en sí me pareció una escuela perfecta. ¿Quién, que haya trabajado en tus corrales, podría tenerle miedo a Miami o a China? Me sentía fortalecido, justificado. Ya era otro curado madrugador, casi otro ,pero luego me aburrí. Empecé a buscar otras rutas para mi mapa de un aburrimiento infinito. Esa fue mi fiebre del oro, mi Cruzada, mi Descubrimiento: encontré la esquina frente al cementerio, un meserío grasiento en el que me reunía con los amigos todas las tardes para inventarme un exilio contemplativo en medio de esta chapuza. Allí dividíamos nuestro aburrimiento en frases y silencios, en gritos viejos y gritos que envejecían en cuanto nos golpeaban. Pero por más que hiciéramos, nunca teníamos la sensación de haber hecho una buena división. Aquel aburrimiento era indoblegable, tenaz, idéntico siempre a sí mismo. Y cada tarde volvía la misma pregunta a quemarnos vivos: ¿cómo largarse de esta isla? ¿Cómo superar lo insuperable? Nada que hacer. Solo nos quedaba fumar. Y nos íbamos a fumar la mejor yerbita del pueblo que nos ponía más gritones y delirantes. Si nos calentábamos, buscábamos unas loquitas fumadoras que venían a salvarnos de nuestra charlatanería inflamable. Pero nos duraron poco las muy perras, porque rápidamente se fueron con los vendedores. El bajo mundo es cada vez más bajo. Es una verdad de Bajogrullo. Nada que hacer. Entonces empezamos a llamar a las otras, es decir, a las novias. Yo con la mía no me entendía tan mal, pero uno nunca sabe por dónde viene el golpe. Después de una discusión que me dejó aturdido, con ganas de mandarla en un Zeppelin hasta Palmarito de Cauto, me puse a dar vueltas por el pueblo fumándome una yerbita lanzallamas en los tramos oscuros. No quería adular la mojigatería de la fermentada, así que caminaba por alejarme de ella, sin vacilaciones de encrucijada. De pronto me di cuenta de que estaba frente a tu casa y, justo ahí, en ese punto, sentí como un rumor de mundos erotizados, un violentísimo ardor de impenitente. “¿Para quién mi espuela?” pensé. “¿Quién merece mis mejores energías: la discutidora mojigata o la Faraona, la única Cleopatra que he conocido y habré de conocer en mi vida?” Mi noche fue mi respuesta. Yo siempre había admirado la fuerza de nuestro Faraón, su prestigio de Arquero Infalible, ahora quería tomar lo que era suyo y ver si pasaba la prueba. Sin saber cómo, entré a ese tibio aposento donde ella esperaba y monté a la muy calentona. Todo iba bien. Su lomo se iba haciendo cada vez más suave, como de puerca china gozadora, y de tanto inflarse y desinflarse por el bombeo de su abusado corazón, se le perdía el costillar hasta ofrecerse expandida

de carnes. Una maravilla para abusadores. Pero decidí abandonar el combate antes de lo merecido. Se me ocurrió que podía castigar a la mojigata colocándola como segundona de la nueva hembra. Y eso fue lo que hice. Volví a su casa y allí le di lo que había negado a la Faraona por hacer de ella, la mojigata, la falsa primera, una segundona. Era todo muy extraño, como de dramaturgia de Expedientes Clínicos, porque al gozar a la puerca, había pensado en la mojigata y, luego, tirado sobre esta, volvía a pensar en aquella. Algo como esta cosa mentale debe de ser el matrimonio, pensé. A la noche siguiente repetí mi aventura en los corrales, pero esa vez fue diferente, porque sabía a qué venía. Venía a limpiar la falta de haber caído en una forma impura de zoofilia, como lo fue haber sometido a la generosísima Faraona a la cobardía de un coitus interruptus calculado para servir a una revancha mezquina. Esa vez no hubo cobardías. Ni la hubo hoy, en la tercera. Pero no me toca a mí, sino a ti, decir cómo ha sido.”

### Historia del puerco que no moría

El puerco era mordedor. La lata que usaba la abuela para servirle agua fue agujereada. Varias pelotas de los nietos fueron desinfladas. Las tablas del corral gastadas a dentelladas. Las mazorcas de maíz troceadas como por una moledora furiosa. Todo eso, sin embargo, que parecía un aviso de desastre, era para la abuela como una lectura oral de la Constitución: un redoble de tambor, un desbordamiento de la nada.

Una tarde de soberbia impaciencia -veía en la escapada de sus dos hijos cuarentones otra excursión por las tabernas-, entró sola al corral. En medio de una operación complicada de aguas y comidas, tuvo que dar la espalda al animal y agacharse. El corazón tiene razones que la razón no comprende diría el puerco. Este, cayendo en innombrables tentaciones, como si el descenso de la dueña hubiera sido el temblor de una virgen, fue a dar con todo su ímpetu, en inolvidable embestida, sobre la nalga izquierda de la indefensa vieja. A punto estuvo de despellejarla, de no haber mediado, entre la filosa y endemoniada dentadura del bruto y la carne de la víctima, una muy serena y protectora bata de casa. La atacada dio un grito, pero los vecinos, creyendo que era grito de alegría, como los que daba al sacarse algún número de la sacra bolita o goteante lotería de los barrios, no hicieron nada. Como si hubiera sido una cuestión de territorialidad, el puerco la dejó ir. La violencia del oscuro fondo de la especie había sido satisfecha. La vieja se levantó pronto, dura como era, y fue a buscar sus medicinas.

Al entrar los hijos a la sala, detectaron en el exceso de perfume de la madre una intención de camuflaje. Haciendo del sentido del olfato el único sentido posible que su respiración podía comunicar a su injustificada existencia, lograron detectar el olor de la medicina. Incluso ellos, tan apocados por el alcohol, notaron que había pasado algo. La vieja intuía una cadena de desgracias que llevarían fatalmente al descalabro. Decidió mentir. “Me caí. No fue nada. Solo un arañazo, aquí”, y señaló, traicionándose, la mordisqueada y como disminuida nalga. Los hijos palparon la herida, de manera

casi obscena por encima de la bata y le ordenaron-el tono de la voz parecía el de una violación-, que les enseñara el tal arañazo. Como la vieja se resistió con toda la prudencia que le aconsejaba su oscura intuición, la forzaron. Cuando vieron, no hubo dudas. Ella confesó, pidió paz, cordura. Pero los hijos, de pies ligeros para los problemas y las bullangas, fueron corriendo a la cocina. Uno cogió el cuchillo grande de la casa, el otro no encontró nada filoso y penetrante (era el segundo en todo, una mera añadidura), así que tomó un martillo, de buen peso y figura, aunque de flojo ensamblaje. El puerco estaba fuera del corral, en un rincón del patio lleno de sillas y armaduras de mesas viejas. El acceso era difícil. Con paciencia, los hermanos hubieran podido montar una maniobra eficaz, digna de ingresar por lo alto al anecdotario familiar, pero desesperados como estaban, solo querían descargar su brutalidad en un ataque frontal. Este no era un puerco ordinario. Después de morder a la vieja, había salido a revolcarse en los charcos. La llegada de los vengadores lo sorprendió tanto como hubiera podido hacerlo una lluviecita tibia. Les dio la espalda, mostrando la soberanía de su lomo a los perplejos taberneros, que más bien parecían encontrarse ante la piedra de Rosetta, sin Champollion a su lado. Pero los hermanos retornaron pronto a su noble propósito y se lanzaron al ataque. La ferocidad es un mal consuelo: en el momento en que el cuchillo iba penetrando por unos pocos centímetros, el martillo, abandonando su madera para ir a golpear fuera de la calculada zona de impacto, vino a provocar en el sorprendido animal una especie de cosquilleo o afortunado azoramiento que impidió una más profunda penetración del arma falsamente burladora en la carne falsamente burlada, quedando clavada como flexible lanceta en lomo de toro. El Furioso devolvió el ataque, confiándose al goce de tan singular tauromaquia. Dejó tumbados en el charco a los dos hermanos (quienes así caídos parecían llamarse “el Terrible Loto de las Aguas del Sur” uno y “el Terrible Loto de las Aguas del Norte” otro), y entró agrandado a la casa. En todo destruyó algo. En todo dejó la sombra de lo irreparable. Desde las más tiznadas cazuelas de la cocina a los más valiosos jarrones, tazas y platos de la vitrina de la sala, con las chapuceras matriuskas, los cuadritos de bobaliconas escenas burguesas y las cerámicas de una vulgaridad despiadada, los ceniceros de blanco marfil y la polvorienta cristalería, hasta el radio viejo y el intocable televisor, todo cayó al suelo. Era el Naufragio de la Casa. El puerco, como toro en callejón, se abrió paso hasta la puerta de entrada y escapó salpicando unas discretas goticas de sangre mal pagada.

En la calle lucía su asta como un atributo de vencedor. La gente lo miraba complicando cada vez más sus preguntas, extrañada de la aparición del arponado. Banalidad de las sorpresas: llegaron los hermanos, que en los vecinos solo provocaban cierta clase de vigilancia de bostezos, y empezaron a darle palos con unos tablones toscos, en forma de bastos. El puerco aguantaba los golpes como el retador burlón que concede la ventaja y volvía a escapar y ellos quedaban humillados otra vez, hundidos en sus tropezones. Hasta que se les unieron dos amigos que venían tarareando en una can-

cioncilla su insignificancia metafísica, y entre los cuatro empezaron a golpearlo como policías. La paliza lo dejó desmayado, aunque para ellos ya no era puerco entre los vivos puercos. Se equivocaron como ignorantes marineros: a un paso de la casa el apaleado despertó. Se puso a correr por los pasillos. Otra vez el desastre: golpeó al viejo zapatero: tragedia de cadera; removió unas calderetas de hervir agua: quemaduras en ambas piernas de la vieja esposa del zapatero; asustó a otro viejo que pensó en ladrones: mortal infarto del viejo. En ese momento, el hijo del zapatero estaba en el fondo de su casa como en un bebedero de la Fábrica del Ron. El alboroto lo sorprendió como una revolución de pasillo. Saltó de su hamaca o capullo de vago y salió desperezándose a cazar su chisme histórico. Cuando vio a sus dos padres en el suelo, sintió que la borrachera se le iba por el susto de vivir en los hospitales y no tener ya quien lo mantuviera en su vida de alcoholes. Volvió por su machete, pero al salir chocó con un muro: uno de los hermanos que le envidiaba su felicidad de alcohólico mimado, le dijo que ese era su puerco-de ellos-, que nadie iba a tocar a su –otra vez el pronombre posesivo- puerco. Intervino el viejo zapatero: “quédate tranquilo, hijo, que lo maten ellos”. Y el hijo, viendo que no era tan grave todo como para no volver en unas horas a su hamaca y su ron, aflojó la mano y dejó ir a esos misioneros vengadores que llevaban el fuego de la propiedad privada a todas partes.

El Furioso seguía en su Rodeo. Parecía ir gritando de un lado a otro, con cinismo de gran provocador: “mátenme despacio, que están apurados”. Uno de los amigos, en medio del fragor de esa corrida que seguía de lejos -como conviene a quien sabe ser oportuno en todo-, pidió a los vecinos un buen cuchillo con la frialdad de un cirujano. Repetición de la comedia: paliza de encerrona, preguntas de la gente, ruido, vulgaridades, desatinos. Hacía falta una variación, un final. Entonces apareció el amigo con un cuchillo de pesca submarina cuyo *Made in China* hacía pensar en toda la crueldad y pragmatismo del pueblo amarillo o rojo o naranja, y lo clavó hasta cinco veces en la panza del animal, el cual volvió a escapar, esta vez hacia el interior de la casa, expulsando sangre a grandes chorros por su festival de surtidores, pero manteniéndose en pie, como el último soldado.

El perseguido fue a desangrarse al baño; lo sostenía la dignidad de quien ha provocado aquellos históricos destrozos. Los cuatro matadores decidieron saltar desde la cima de su frustración: entraron al baño, cerraron la puerta y, como al magnánimo César, lo apagaron a cuchilladas. Es decir, lo mataron. Pero aquel que perseveraba en una permanencia desafiante, el fuerte mordedor del aire, parecía poseído por un tremendo *amor fati*. Media hora después, cuando le echaron encima agua hirviendo para afeitarlo y preparar la chicharronada, el animal, como si volviera de una mera siestecita en los umbrales de la nada porcina, de un corral en Delfos o de un impreciso círculo dantesco de granja estatal (“todo lugar está igualmente alejado del Hades”), ofreció a la vista de todos un temblor, casi un parpadeo, un amago de levantarse y andar, el

milagro de la resurrección de un puerco. Los testigos se asustaron. Pero solo fue eso: un temblor pasajero. “Son los nervios”, dijo uno. Otro, como si pensara en aquel: “¡Habrá poesía!” dictaminó “ni el cuchillo ni los golpes le habían llegado al corazón”.

### Historia del Turco, presunto falseador de carnes

El cocinero, un correctón al que llamaban Turco, fue acusado de ser un vulgar y canalla falseador de carnes. Una bien condimentada delación. Como las delaciones no caen al vacío, el delatado recibió de inmediato su notificación y, ese mismo día, se presentó ante la Ley. En un piso de oficinas de cartón, un pequeño inspector parecía esperarlo. Con la suavidad de los burócratas –veía en el Turco un caso de dos minutos–, lo invitó a sentarse y le pidió que le hablara de las circunstancias de su caso. “Tómese su tiempo”, mintió, esperando que el otro lo igualara en sutileza y hablara como un maestro de la síntesis.

El acusado desató la locuacidad de esos personajes extraños que de pronto se muestran indignados: “Por lo general, señor inspector –el tono parecía significar: “por lo general empiezo así, luego existo”-una vida se divide en infancia e infierno. Y digo por lo general, porque bien puede suceder que no haya infancia y solo haya infierno, desde el primer minuto hasta el último. Cuando uno padece la infamia de una delación, cosa que suele suceder muy pronto, es el infierno. La infancia, ese paraíso de los dulces equívocos, ha terminado; ya no queda ingenuidad que nos salve; ya no hay adonde ir; ya no hay despreocupación ni claros desplazamientos; ya uno está maduro para la caída del silbatazo. Si antes se vivía una vida como libre de impuestos, después solo tenemos las delicias del recelo, del odio y, si se vuela alto, de la paranoia. Usted acaba de usar una curiosa expresión: “tómese su tiempo”; pues bien, eso precisamente estaba haciendo yo: tomándome mi tiempo, viviendo una vida limpia, sin manchas, de cocinero honesto. Pero ya ve: es como si yo debiera ser atacado a causa de mi éxito, que es como decir a causa de todos mis trabajos. Siempre busca la infamia, señor inspector, reducir la dignidad de una vida a las cenizas de lo irrisorio. Y yo le pregunto, más como polvo enamorado que como homúnculo reducido a esas cenizas, ¿es mi tiempo, mi vida, lo irrisorio? No lo creo.

El inspector repasó la hoja de su caso, reflexivo como un gran maestro de ajedrez. Por fin, descendiendo al infiernillo de lo explícito, dijo: “se quejan de haber pasado por grandes vomiteras y otros desarreglos; aseguran que sus bistecs no son de puerco, sino de tiñosa”.

El Turco se puso en pie, agigantándose, ahora era el Gran Turco. Se defendió: “¿Tiñosa? ¡Jamás! Esa es la mentira más sucia del mundo. Una calumnia de miserables para aplastarme como una cucaracha china. Yo sería incapaz de esa tiñosidad, señor inspector. Todas las semanas recibo la carne de la finca de unos primos, a quienes tomo aquí y ahora por testigos. Le traeré fotos para

probarlo. ¡Mis bistecs de puerco son sagrados, señor inspector! Además, ¡como si fuera fácil cazar una tiñosa! ¿Se han detenido las sucias imaginaciones de los delatores a precisar cuántas tendría que cazar para provocar tan costosos desarreglos? Yo solo sé que no sé nada de tiñosas. Como usted, como miles de distraídas amas de casa, como miles de criadores de puercos, gallinas y palomas en las azoteas, las he visto volar sobre todos nosotros como otras tantas metáforas de la espera, trazando círculos de un interminable fastidio y de una vigilancia obstinada, cónicas carroñeras. ¿Qué esperan? No lo sé. Hace mucho renuncié a ese cinismo en las alturas. Tampoco sé qué esperan los delatores, ni qué clase de relación devoradora podría haber entre su espera, la de esas malditas tiñosas y la mía. Le aseguro que nunca he desplumado una sola de esas maestras de paciencia, en busca de otras definiciones del, para mí, insustituible puerco. Estoy tan lejos de eso como de la Cumbre del Buitre, donde Buda nos ha entregado el *Sutra del loto*, señor inspector. ¡Qué ingenuidad pensar que alguien como yo pudiera ser un infiel de las carnes! Todo el infierno arde en una sola delación, señor inspector. Hay algo aquí que se corrompe cada vez más. Todo es muy raro, señor inspector. Noto que detrás de esta disparatada delación hay cierto ardor que creía más apagado que encendido. Dígame algo, señor inspector, ¿acaso seguimos en la llamada “década prodigiosa”, esa extraña ficción con que nos han abrumado nuestros admirables padrecitos?

El inspector lo tranquilizó: “vuelva hoy a su casa –al decir esto respiraba aliviado-; solo le pido que recuerde con precisión si hubo alguna irregularidad los días 3 y 4 de julio. Venga mañana”.

En su casa, alejado de toda higuera, el Turco tuvo su minuto de iluminado. Recordó que esos días había quedado su sobrino a cargo. Ese sobrino que se quejaba continuamente de lo dura que estaba la vida, de los cálculos infinitesimales que se obligaba a hacer cada fin de semana si quería “gozar algo”, como si el mundo entero tuviera que detenerse para él, un escarabajo estercolero. Fue a ver al muchacho y tuvieron una conversación decisiva en la que el Turco fue Sócrates indagando sobre la ética del insobornable y el sobrino un regañado socrático. El desesperado confesó –se dio cuenta de que el dinero de la probable multa ya lo había ganado-. “Un amigo, a quien por cierto le dicen el Chino –precisó, añadiendo otra potencia al conflicto, de modo que ahora China era enemiga de Turquía-, me trajo unas tiñositas perfectas, frescas y convincentes, que había cogido dormidas en el puerto o echadas sobre la brujería, como sonsas, en el Bosque de La Habana. Primero, como si me leyera el primer capítulo de unas extrañas e inéditas *Memorias de un cazador de tiñosa* o ávida ave en vuelo de Moebius, como la llamaba, me contó algunas historias sobre el esplendor de esa caza extendida durante la gran hambruna de los noventa. Por esas historias vine a saber que la isla entera se encontraba poseída por el furor de diversas persecuciones o cazas sin crítica de la razón suficiente: basándose en el principio del Hambre Total, el dormido pueblo había despertado a la caza o robo de gatos, de perros,

de gorriones, de palomas, de auras tiñosas, entre otras que prefero callar y que apuntaban a una clara antropofagia. Así nació un fantástico mercado negro cuyas maravillas hubieran ampliado la *Historia Natural* de Plinio. Mercado en el cual fueron vendidos miles de bistecs de cuya procedencia, en términos de especie animal, hoy nadie quiere acordarse, como suele suceder con los recetarios perdidos del tiempo de la peste, que no dejaban fuera ni los bigotes del gato, ni las espinas sin identificar o los sudores de la abuela. Luego de las generalidades históricas, pasó el amigo a cuestiones más inmediatas. Me dijo que la carne de tiñosa era una maravilla nada despreciable, que más bien habría que llamarla carne de salmón volador. Habló poco, pero con intensidad de fanático. En dos minutos agotó las mezclas posibles de una Alquimia del Puerco. Como tanteando en una infalible memoria gustativa estrechó el cerco sobre esa incomparable carne aun sin descubrir que era como puerco tirando a conejo, o como paloma, caguama, gato, hurón o jutía –en determinados casos era aconsejable mezclar dos o más de estas especies entre sí- tirando a nuestro paradigma; en fin, en un sentido o en otro, su sabor estaba destinado a configurar en el cerebro de los hambrientos la imagen definida del Favorito; sobre todo si se prepara, además del universal y tan socorrido bistec, un sabrosote fricasé cuyas salsas son tintes perfectos. Y yo me pregunté, heterodoxo y pasmado: ¿por qué dejar pasar esta oportunidad de unos pesos, de invitar a salir a Roxana o a su prima, o a tantas otras de mis insaciables loquitas, si en definitiva el ave hace al hombre tanto como el hombre al ave? Perdóname, tío, por buscarme lo mío”.

El desesperado es un colonizador de la dialéctica, habría dicho el tío del sobrino. El buen Turco, a pesar de los disgustos y las cuadraturas retóricas de su exaltación, no fue más allá de unos cuantos regaños, aunque miraba al sobrino como a un fallecido para los negocios. Al día siguiente lo despidió. Prometiéndose en firme no confundir jamás los hilos de la familia con los del negocio, le cambió el nombre a su cafetería. Esta vez la bautizó como “El desencanto”.

### Historia del puerco dividido

Dos vecinos, confiando en un común sentido de la simetría, se adentraron juntos en la mejor tradición del puerco dividido, tra-

dición de fe y esperanza. Los dos querían escribir su paginita de buena voluntad y confianza a toda prueba, y se lanzaron a la más dura de todas: la prueba de la carne. Pactaron que uno compraría el puerco y el otro lo criaría, ocupándose él solo de todo, para luego, al cabo de seis meses cumplidos, dividirlo y tomar cada cual su justa mitad. Uno compraba con dinero, el otro con “el diario cumplimiento del deber”.

El comprador sabía muy bien que no siempre los puercos alcanzaban el tamaño y el peso de su esperanza, pero confiaba en las mañas de criador viejo de su vecino. Apostó por él como quien apuesta su dinero para un confiado olvido o acierto decisivo de la paciencia. Fueron juntos al mercado, describiendo por el camino el espécimen perfecto. Hicieron buena compra.



Kevin Ávila

Las primeras semanas, el comprador se tomó la molestia de llevarle comida al animal. Eran “gastos de representación” que significaban: “vea, vecino, cómo debe hacerse de este animalito algo enorme, como lo es sin duda, a priori, nuestra esperanza”. Así empezó la comedia de un persistente visitante. Por una parte. Por la otra, empezó el drama de un vigilante vigilado, de un criador que llegó a sentirse criado. Si el comprador, según claro acuerdo, no tenía la obligación de llevar nada de comida-ni un boniato engusanado-, el criador, por su parte, aunque agradecía sinceramente cada cubeta de panes viejos, harinas varias o preciosísimos sancochos, no estaba obligado a elevar el nivel de los gastos como para que su asociado recibiera por respuesta: “viva usted tranquilo, vecino, que aquí hemos decidido ayunar,

como el Mahatma Gandhi, para que el animalito reviente de grande”. Su respuesta más bien era: “ya veo, vecino, que insiste usted en venir a darnos lecciones; pero sepa que siempre sale cara la bufonada y que no valen buenas intenciones si solo vienen a llenar la casa de malentendidos y malos ratos; podría suceder que al abrir usted la boca para tanta refranera hipocresía y al chispear sus ojos de tanto ganar sospechas, la casa se le enemistara y de todo solo quedarán sus ridículas ofensas; ¿no ve que nuestro buen puerco goza de perfecta salud, que hasta podríamos llamarlo Crecedor y que, en suma, dejarlo en mis manos es dejarlo en las manos de Dios? Solo hay un Dios, y está en mi arboleda”. Y, sin embargo, a pesar de lo firme que era su posición en el repliegue, debía encerrar, por encima de todo acuerdo, la necesidad provocada de un

nuevo régimen. Las visitas empezaron a molestarlo, apestaban a desconfianza de guerra fría. Primero habían sido las de un amigo confanzudo, aunque generoso, luego las de un vecino un tanto impertinente, una especie de inspector benévolo cuyas expectativas había que mantener en lo más alto; finalmente, las de un oscuro inspector de la equidad que muy fácilmente podría volverse un enemigo a la sombra del patio. Parecía que se iba avanzando por uno de esos relatos de Chejov en que la miseria insiste hasta dar su golpe maestro. A veces el comprador llegaba y hablaba de todo, menos del Divisible y se iba pronto, sonriente. Visitas como esa, de un sutil veterinario, eran repetidas dos o tres veces. Luego cobraba por su contención. Al llegar al corral, se agarraba a la reja como si hubieran pasado incontables meses desde su última aproximación clara y ya fuera hora de gozar una inspección exhaustiva, completa. Un domingo, al tercer mes, en una de esas inspecciones, sucedió lo innombrable: como un puerquito de vida silvestre, el Divisible andaba suelto por el patio, revolviendo y comiendo toda clase de desechos. El visitador no dijo nada, pero tenía la sensación de haber sido ofendido por una comunidad de vegetarianos. Le parecía que habían abandonado “la carne de su alegría” a una muy natural nutrición por excrementos. Pasó semanas sin visitar a su vecino, atragantándose de todos los regaños que no se atrevía a vomitarle en la cara. El vecino, razonable, procuró reforzar las comidas de Crecedor, prepararse para la próxima inspección.

Y Crecedor creció. Para uno y para otro, el problema de la división se había convertido al cabo de seis meses en causa de formidables iluminaciones. “¿Qué es un puerco?” “¿Qué es una división?” “¿De dónde viene una división?” “¿Quién divide?” “¿Quién se beneficia?” parecían preguntarse los dos padrastros del disputado. Y cada uno deseaba la mejor parte, aunque en realidad se resignaban cada vez más a la del peor tajazo, huyendo de tensiones excesivas y mezquinos cansancios. Sabían que una parte era ying y otra era yang. Pero sabían también que era conveniente descender de una común soberbia, no exponerse como ofendidos hipocondriacos; abrazar su pernil, el que fuera, con humildad y gratitud memoriosa: el puerco era breve, la vida larga.

El momento de la división fue de una franca reconciliación. Un tercer vecino efectuó el corte. Con precisión renacentista, usó el cuchillo como un cincel bajo el martillo para separar las partes. Colocado en medio de los beneficiarios, parecía oficiar como el Dios de una trinidad salvaje. El anfitrión sirvió buenos tragos y puso a freír hígado, sesos y otros ripios que escapaban a la división convenida. Su generosidad buscaba decirle al asociado: “vea, vecino, qué simple es todo y cómo van a parar nuestras vidas a esta alegría olvidadiza de la bebida y el picoteo; llévese la mejor parte y no olvide nunca este día”. El otro, seducido inspector en retirada de buena voluntad, con el trago en la mano y la carne a la vista, hubiera pagado por responder: “cierto, vecino, ahora todo es simple y razonable, pero nada hubieran valido estas alegrías simplísimas sin mi vigilancia y disciplina; lea a Confucio, que dice cosas muy inte-

resantes sobre el camino del error”. Pero estos forcejeos, como los delirios de una vencida hipocresía, fueron desapareciendo entre risitas y cuentos de una tarde larga. Las dos mitades del Dividido, separadas, habían sido colgadas en dos improvisados garfios de pared, sobre la mesa del comedor. A punto de despedirse el vecino, el anfitrión tuvo la delicadeza de no seguirlo hasta el rincón de la carne. “Recoja lo suyo, compadre”, le dijo. Y el compadre fue a lo suyo.

En los primeros días del resacoso enero, los vecinos habían vuelto a la planicie de una vida sin visiteos. Desde el camino, el retirado inspector preguntó a su vecino cuántas latas de manteca le había sacado a su parte. El vecino dijo que dos. El solo había llegado a una... Más dudas... Más Chejov.

### Historia del aspirante a tatuador y su hermano, el poeta amontonador de libros

Por consejo de su hermano, el poeta amontonador de libros, el aspirante a tatuador empezó a tatuar puercos para ir entrando en oficio. “Primero puercos, luego gentes”, había sido la sentencia del poeta y amigo de otros tantos tatuadores, y su hermano la había tomado como el primer mandamiento de un decálogo. Todas las semanas iba a una granja de la zona a tatuar puercos blancos, de los llamados canadienses. Uno de sus tíos le había cuadrado el favor con la mafia de los almaceneros y el custodio, un viejo alcohólico que se tambaleaba sobre su silla, le cobraba una botella de ron por cada puerco tatuado. Casi nada. Cuando el muchacho trabajaba, el viejo parecía de lejos un fatigado pescador en alta mar.

“Todo es empezar, mi hermanito, como dice el refrán. Verás cómo después de estos puercos, cuya blancura de pellejo no hay que subestimar, la piel de esos blanquitos clientes te parecerá una delicia de suave. Será como deslizar un pincel sobre papel chino. Pero no te engañes, fíjate bien si adelantas o te quedas mal parado. El blanco de los puercos, un blanco albino, granjero, no engaña: es espejo del talento”. Así relumbraba la sabiduría del poeta. Y el hermano pasaba cada vez más tiempo en la granja, tatuando como un obseso.

Pero en el fondo –y cuando se dice en el fondo se quiere decir en la más sucia superficie– al poeta le importaba un carajo el talento del hermano. Lo que él quería era alejar al veinteañero de sí mismo por la vía segura de un oficio, que no se le fuera a sonsear por ahí, para rebotarle luego en la cara, como había sucedido tantas veces con sus incontables caprichos. Sabía que para su familia, él era un maniático hundido en el ordenamiento y cumplimiento de algo falso, un fracasado que amontonaba libros por toda la casa y, de vez en cuando, poemas y otras cosas que entraban en la *alonsoquijanesca* categoría de “escritos”; pero también sabía que todas las semanas se las arreglaba para encontrar algún “trabajito” y exhibirse como un tren en marcha. Cuando volvía de alguno de ellos, separaba un poco de dinero y ponía algo en la mesa para todos, como si dijera: “soy poeta, no comemierda”. Con este certero golpe tenía la

sensación de pagar su permiso de libre amontonador. El otro solo tenía que ir de capricho en capricho. Era el majadero que la vigilancia de la familia había olvidado. Ahora quería tatuar, pero antes había querido criar y vender perros de raza; emplearse como taxista de largas tiradas interprovinciales o recogidas de putas y chulos en las problemáticas madrugadas de los bares y casas de *matar*; prepararse como masajista de manos bien pagadas... Lo extraño era que para todo eso el hermanito había mostrado el especial talento de llevar su talento con descaro, pero, aun así, en algún punto decisivo en que debía permanecer anclado, se iba, abandonaba. Para tatuador tenía algo así como un talento de reserva: era buen dibujante, de talleres y escuelas en las que había brillado (para abandonarlas finalmente). Y necesitaba dinero (los dos hermanos “esperaban vivir, es decir, esperaban el dinero”, como diría cierto autor francés). Si aprendía a tatuar, podría montar su propio negocio y ganar lo suficiente para irse a vivir solo. Pero con él siempre amenazaba el desvío. Por eso, cuando el poeta le hablaba de talento, en realidad le hablaba de tomar un oficio. Era una provocación necesaria: demasiado bien sabía el hermanito que todo era empezar.

Para acompañar al peregrino en su entusiasmo, el poeta le preguntó qué cosas estaba tatuando. Recibió un informe variopinto: ese día había practicado el nombre de Estela en diferentes tipos de escritura, además de círculos, cruces, marcas comerciales, calaveras, demonios de comics y hasta la suástica nazi en variantes pornográficas. “Ya veo, mi hermanito, -vio el poeta- que te gustan esos vulgares jeroglíficos. Pero está bien que sea así, porque eso es lo que busca la gente. Nadie te va a pedir los melocotones del Emperador de Jade. La gente se tatúa cosas horribles, mi hermanito, cosas que ni siquiera valdría la pena dibujar en papel desechable, cosas de una sensiblería, una ignorancia y una estupidez que nunca dejan de sorprenderme. Hasta caracteres chinos se tatúa la gente, aquí, en el trópico, caracteres que solo el buen Dios y millones de chinos saben lo que significan. Es algo realmente espantoso ese exhibicionismo del disparate. En fin, no quiero aburrirte, mi hermanito. Vamos a despertarnos un poco. No creo que quieras limitar tu experiencia de tatuador a la palabra Estela. Quiero que lleves al pellejo de esos puercos algunos de mis poemas y los ilustres como mejor te salga.” Y le dio su poemario favorito: *Cocuyo furioso*, antes de irse a amontonar sus libros.

El hermanito trabajó duro. En solo dos puercos ilustró siete poemas. Pero cuando buscó el octavo, no lo encontró. En su lugar, encontró una hoja suelta, doblada hasta llegar a un abultamiento excesivo. En ella encontró lo que sigue.

### El poeta y el puerco arquetipo

*He aquí el puerco arquetipo, el irremediable bruto de la vida en el estiércol, lodo o fango; de la suciedad maldita y las porquerías bíblicas. Un sucio demonio. No recuerdo a nadie que haya derramado grandes simpatías por este animal... Nora, una niña, no dirá, “está*

*hecho para el amor”... Lejos del oro de los tigres, el marrano, macho, cochino, verraco, bellaco, lechón, puerco o cerdo, solo podría ofrecer su muerte para el banquete, la indefensión de un agotado objeto de burlas; a menos que viniera a salvarlo la majestad salvaje de un colmilludo jabalí o su importancia en alguna extraña mitología, el resto es cocina, literatura...*

*Recuerdo un pasaje de Barbey D'Aurevilly en que un personaje arroja hostias a los puercos. Hoy esa imagen puede parecer inocente, pero en el siglo diecinueve le sobraba fuerza para ser una perversión escandalosa de la misa. Uno se detiene a jugar un poco con ella y termina viendo el Juicio Final en los corrales. Porque únicamente puercos han seguido a Cristo en el Santo Corral y únicamente triunfa la sordidez de esa Iglesia humana, demasiado humana. Esa Iglesia cuyas Sagradas Escrituras hundieron a nuestro puerco como un tubérculo... Tal vez por eso tiene el buen animal mis simpatías. Me gusta la obstinación de sus morros, la indiferencia burlona de sus colmillos, la dureza suficiente de su lomo, su existencia de puerco como aceptación del mundo. No debemos olvidarlo: más acá de los grandes e insensatos sistemas de metafísica que hemos construido para distinguir a Kant de la mierda, en el reino de la pura fisiología, todos somos puercos. No solo Kant; también, por ejemplo, Omar Khayyám. Por cierto, lo que leí como sus Rubaiyát, en realidad son las del traductor traidor llamado Edward Fitzgerald. ¡Miserable! ¡Engañarnos a todos así! ¡Escupirnos así su viajecito a Samarcanda, a una Persia con la que soñaban Edgar Allan Poe y Charles Baudelaire! Ahí están el maldito Ossian, Las canciones de Bilitis..., probablemente la mitad de la Literatura. Ah de los apócrifos, nadie me responde... ¿Y por qué, habría que preguntarse muy dueño uno de sus preguntas, el puerco de Fitzgerald ha querido ocupar el sitio del puerco de Khayyám? ¿Una broma in vino veritas? ¿Melancolía? ¿Un mero desvío de la atención, como en un robo? ¿Un mero procedimiento literario? ¿Mascarada de una silenciosa conciencia de la literatura como falso tributo? Nadie sabe. El hecho es que cada puerco que escribe solo aspira a ocupar el sitio de otro puerco que ha escrito. Solo removemos la porquería de un lado para otro. ¡Hasta Marcel Schwob, con sus Vidas imaginarias! Porque la literatura es otra porquería más. La literatura es la porquería de las porquerías, pero salvada. Es la porquería que queda de todas las ficciones; la del lenguaje. La porquería de las Scheherazadas, los Henri Beyles, los K., los buscadores del tiempo perdido. Su dignidad está en anticiparse a la muerte y dar a todo el sentido de una porquería no excesivamente despreciada por ella. La literatura es una porquería engrandecida por la muerte.*

*Pero volvamos a nuestro corral. Ahora miro a este puerco y pienso: ¿qué me diferencia, ante el gobierno del azar, de este trozo de carne viviente que estará asado en un par de horas? Si mi casa se incendiara, ¿no quedaría asado yo también? ¿No estamos sujetos los dos, penosamente, a las mismas leyes de lo terrible que se anuda y desanuda a la vuelta de cada esquina? ¿Es tan improbable que a alguien le den una puñalada, habiendo estado dos horas antes tan tranquilo*

y falsamente alejado de la muerte como lo está ahora este puerco, a la sombra de los pinos? Cuando uno mata un puerco, es como si lo hiciera con los ojos cerrados; como si se negara a ver que ese puerco es un poco también uno mismo. Cuando uno ve el inolvidable mondongo, con todos esos órganos apagados y endurecidos, engañados, la sangre coagulada del puerco, que pudiera ser la de un niño, un amigo, una virgen, nos comunica algo más temible aún: pudiera ser la sangre de uno mismo. Sangrar, morir como un puerco. No hay que estar en carnavales para llegar a eso. Es como el asalto a una floristería; uno lo creería imposible y, sin embargo, sucede. Recuerdo aquella vez que quise, adolescente, ávido de conquistar mi propio anecdotario, matar yo también un puerco para la gran fiesta. Quería dar mi zarpazo ritual en la noche de los sacrificios homéricos, en la eternidad de todo sacrificio. Le pedí el cuchillo a mi tío y avancé unos pasitos shakesperianos, pero cuando llegó el momento de provocar la muerte con mi mano, no pude, algo me paralizó. Volvieron los escrúpulos. No fue vergüenza, flojera; fue que comprendí que prefería ser un mero espectador, que solo si era un espectador podía “hacer” algo. Entonces mi tío, de un solo puntazo, lo mató. Pensé en aquellas palabras de Nietzsche: “no se ha visto bien la vida cuando no se ha visto la mano que mata de manera cortés.” Finalmente las comprendí.

El peregrino lector se sentía dividido entre el deseo de reír, de gozar las más expansivas, ruidosas y saludables carcajadas, y el deseo de regañarse a sí mismo, para apuntar más alto y concederse cierto respeto de hondura intelectual por su hermano el poeta. Viendo que no era lugar para una forzada omisión, decidí reír primero y luego detenerse en otras valoraciones. Se aburría. Pensaba en la ridiculez de algunos de aquellos poemas que en realidad no había entendido y volvía burlonamente a la ampulosidad del asediado arquetipo. Entonces se le ocurrió que podía escribir sus propias cosas. Una broma para el poeta. Una mueca de Dios.

Avanzó hacia su puerco del día y, como un escritor ante la página en blanco, se colocó ante el falso terror de un no menos literario “puerco en blanco”. Pensativo, tatuó las siguientes líneas:

¡Qué rico el pan con aguacate! ¡Y qué verde todo cuando yo me lo comía allá en San Juan!

(Un recuerdo de infancia. El muchacho no ignoraba que gran parte de la literatura era gastronomía).

\*\*\*

A Dionisio el almacenero no se le duermen los cochinos en la barriga, pero se le duermen en la carretera y eso sí es un problema.

(Para decir que alguien aprovecha sus días como notable madrugador o, en sentido más general, que no es tardo, sino diligente y vivaracho, se dice que “no se le duermen los cochinos en la barriga.” Debe entenderse que no en la suya, sino en la de aquella puerca a punto de parir que debía atender a tiempo el partero del refrán. Gran parte de la literatura, lo sabía, era cosquilleo de refraneros).

\*\*\*

A María Callas, mi diosa nariguda, una nariz más allá de todas las diosas, la más dura de todas las duras, la dura soñada:

¡Ay, ay, cómo tú me gustas,

Ay, ay, porque na' te asusta!

(Recordó un documental que habían pasado en la televisión sobre la deliciosa griega, diosa del hermano, no suya. Los ayes le vinieron de un reguetón del vecino. Gran parte de la literatura, no lo olvidaba, era evocación de las diosas perdidas, juego a la sombra de los grandes nombres).

\*\*\*

Lento y sufridor es el galgo al que la razón de la sinrazón de un envarado gitano detiene y gobierna el paso.

(Un amigo le había contado que en su pueblo, en España, un gitano le había *follado* el galgo al vecino. Según el amigo, el gitano, sintiéndose gravemente ofendido por los malos tratos del burguesón y arrogante vecino, aprovechó un descuido de este y, tomando por la fuerza a su mascota, un galgo de pasarela, lo ensartó frente a un grupo de testigos que quedó pasmado ante el ensañamiento de aquel nómada de “mala leche”. Gran parte de la literatura, lo veía claro, era juego y retoque de anécdotas, galgofagia).

\*\*\*

Confirmado: el mundo es ancho y ajeno.

(Pensó en las vueltas de un amigo por Europa. Gran parte de la literatura, ahí estaba Marco Polo, era una relación de viajes al final de los cuales solo se lograba, malamente, borrar todas las metas: incertidumbre de un empequeñecimiento del género fantástico).

\*\*\*

Uno de esos días cuyo saldo de sentido es... ¡un gol de Messi!

(También él había caído en la cosa futbolera y lo agradecía, sobre todo en ciertos días que se le endomingaban. Gran parte de la literatura, no lo dudaba, era una consolación por algo semejante a la caída de una pelota en una página).

\*\*\*

Se acabó lo que se daba: libros, libros, aquel loco también escribió alguna vez grandes libros.

(Recordó las palabras de aquel loco cuya obra había querido ser un epitafio de Dios. Su hermano siempre hablaba de él. Gran parte de la literatura, bien lo sabía, era un granero de “frases célebres para toda ocasión”, prólogo o epílogo al delirio).

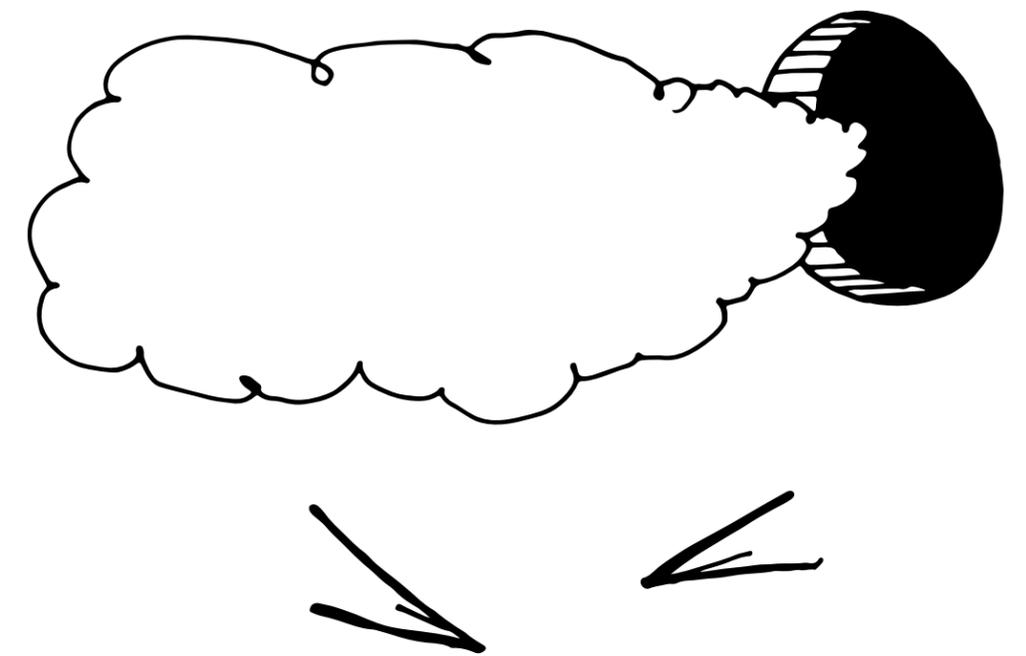
\*\*\*

Unas palabras caen en el vacío, otras en lo oscuro. Unas se pierden y otras están ahí, no perdidas, sino como perdidas. Los poetas están perdidos.

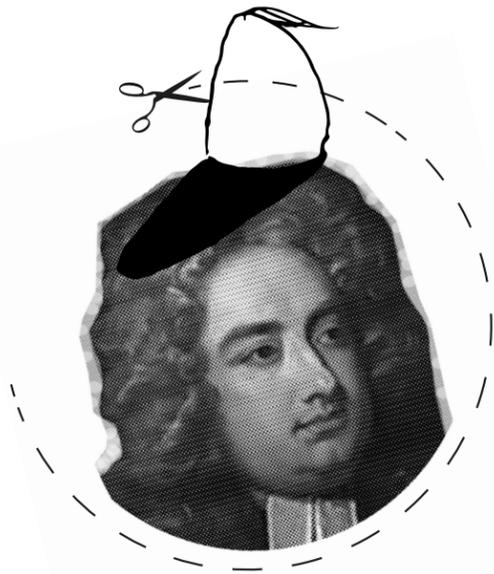
(Volvió sobre el tema predilecto del hermano. Toda la literatura, no tenía que leer a los premios Nobel para saberlo, era una confusión inagotable).

Cada vez que se aburría, descansaba de sus líneas y volvía a las figuras de su habitual jeroglífico. Pero como se le iban ocurriendo más líneas (solo tenía que retocar un poco cada santa cosa que le pasaba por la cabeza y ya tenía una, dos, tres líneas colgadas de las orejas), las apuntaba en su libreta y las tatuaba al terminar las figuras. Ese día, fiel a sus soledades, le dijo en broma al poeta que “no solo de tatuar viviría el hombre”, que “le gustaría escribir algo algún día”. El poeta lo miró extrañado, como si su mirada significara: “entre ustedes he vivido”. Le devolvió la broma: “la letra mata, el espíritu vivifica. A tus tatuajes, hermanito: no te me disperses”.

Pero el hermanito ya se encontraba en pleno monólogo interior de un desbordado recortador de líneas. El terrorista había despertado en él a bromas mayores. Para derribar la polvorienta Babel de libros amontonados de su hermano por el soplo de un ataque sorpresa o broma adulada por el éxito, definió su plan de batalla. En los descansos que se tomaba en la granja, llenó un cuaderno con todo lo que se le ocurría de puercos y poetas. Luego intercambió los sujetos de tan fáciles predicados. Donde había sido escrito “los puercos” o “ellos”, había puesto “el poeta”, “él”. Mandó su poemario *El poeta chilla* a concurso. Ganó el primer premio. Su hermano el poeta amontonador de libros no se lo perdonó. Justamente por aquellos días escribió sus poemarios *Durísimo arrecife* y *Otros puercos que no había contado*. ◀



# La Razón de Swift



López feat. Juan Pablo.

**Una modesta proposición para impedir que los niños de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres o su país, y hacerlos provechosos para la sociedad. (Fragmento)**

por Jonathan Swift

Es un triste espectáculo para quienes caminan por esta gran ciudad, o viajan por este país, ver las calles, los caminos y las puertas de las chozas atestadas de mendigos del sexo femenino, seguidas de tres, cuatro y hasta seis niños, todos en harapos e importunando a los transeúntes por una limosna. Estas madres, en lugar de poder trabajar para ganarse la vida honestamente, se ven forzadas a emplear todo su tiempo vagando, a implorar el sustento para sus indefensos pequeñuelos, los cuales, al crecer, o bien se convierten en ladrones por falta de trabajo, o abandonan su patria querida para luchar al servicio del Pretendiente en España, o para venderse en las islas Barbados.

Yo creo que todo el mundo está de acuerdo en que este prodigioso número de niños, en los brazos o a la espalda o a los pies de sus madres, y con frecuencia de sus padres, es, en el deplorable estado actual del reino, una grandísima aflicción adicional; y, por consiguiente, quienquiera que pudiese encontrar un método justo, barato y fácil para hacer que estos niños sean miembros sanos y útiles de la mancomunidad le prestaría un servicio tan grande a la sociedad que se le erigiría una estatua por ser un protector de la nación.

Pero mi intención no se limita ni mucho menos a ocuparse de los niños de los mendigos de oficio; es de mucho mayor alcance, y abarcará la totalidad de los infantes de cierta edad que nacen de padres tan poco aptos para mantenerlos como aquellos que imploran nuestra caridad en las calles.

Por mi parte, habiendo encauzado mis pensamientos por muchos años hacia este importante tema, y examinado seriamente los diversos planes de otros planificadores, he encontrado siempre que cometen errores crasos en sus cálculos. Es cierto que un recién nacido puede nutrirse de la leche de su madre por espacio de un año casi sin ningún otro alimento, el cual no alcanza el valor de dos chelines a lo más, cantidad que la madre siempre puede obtener, o su equivalente en migajas, mediante su ocupación legal de mendigar; y es exactamente al cumplir un año cuando me propongo ocuparme de ellos, de tal modo que, en vez de ser una carga para sus padres o la parroquia, o carecer de comida y vestido durante toda su vida, puedan, por el contrario, contribuir a alimentar y en parte a vestir a muchos miles.

Mi plan tiene además otra gran ventaja: prevendrá los abortos voluntarios, y la práctica horrenda de las mujeres que asesinan a sus hijos bastardos, ay, demasiado frecuente entre nosotros, sacrificando los pobres, inocentes infantes, creo que más por evitar el gasto que la vergüenza, práctica que movería a las lágrimas y a la piedad al corazón más salvaje e inhumano.

El número de almas de Irlanda se estima usualmente en un millón y medio, de las cuales calculo puede haber unas doscientas mil parejas cuyas esposas son fecundas, número al cual resto treinta mil parejas que están en capacidad de mantener a sus propios hijos, aunque me temo no puedan ser tantas en las tristes condiciones actuales del reino pero, admitiéndolo, quedarán ciento setenta mil procreadoras. De nuevo resto cincuenta mil por aquellas mujeres que tienen partos prematuros, o cuyos niños mueren por accidente o enfermedad antes del año. Solo quedan ciento veinte mil niños de padres pobres que nacen anualmente: la cuestión es, pues, ¿cómo criar y proveer a este número? Lo cual, como ya lo he dicho, es absolutamente imposible en las condiciones actuales por ninguno de los métodos propuestos hasta ahora, porque no podemos emplearlos en artesanías o en agricultura: ni construimos casas (quiero decir en el campo), ni cultivamos la tierra. Rara vez pueden ganarse la vida robando antes de los seis años, excepto cuando son especialmente dotados. Aunque, confieso, aprenden los rudimentos mucho antes, tiempo durante el cual únicamente puede considerárseles, en justicia, aprendices. Así me lo ha informado un caballero prominente del Condado de Caven, quien me declaró que no había conocido nunca más de uno o dos casos por debajo de los seis años, incluso en una parte del reino de tanto renombre por la rapidez con que aprenden tal arte.

Me aseguran nuestros comerciantes que un niño o niña menores de doce años no son mercancía vendible, e inclusive cuando llegan a esta edad, no valen más de tres libras, o, máximo, tres libras y media corona en el mercado, lo cual no puede ser rentable ni para los padres ni para el reino, habiendo sido el costo del alimento y los harapos por lo menos cuatro veces mayor.

Propondré ahora pues, humildemente, mis propios pensamientos, los cuales espero no se verán expuestos a la menor objeción.

Me ha asegurado un americano muy entendido, conocido mío en Londres, que un niño saludable y bien alimentado constituye, a la edad de un año, una comida deliciosa, nutritiva y sana, ya sea cocido, dorado, asado o hervido, y no dudo de que servirá igualmente en un fricasé o un guisado.

Por consiguiente, humildemente someto a consideración del público que, de los ciento veinte mil niños ya calculados, se reser-

ven veinte mil para la reproducción, de los cuales solo una cuarta parte deben ser machos, lo cual es más de lo que conservamos en las ovejas, el ganado vacuno, o los cerdos; y mi razón es la de que estos niños son pocas veces fruto del matrimonio, circunstancia no muy tenida en cuenta por nuestros salvajes. Por lo tanto, un macho bastará para servir cuatro hembras. Que los cien mil restantes, cuando cumplan el año, sean puestos en venta a las personas de categoría y fortuna por todo el reino, sin dejar de aconsejar a la madre que los deje mamar abundantemente en el último mes, con el fin de suministrarlos rollizo y cebados para una buena mesa. Un niño alcanza para dos platos cuando se reciben amigos y, cuando la familia come sola, el cuarto anterior o el posterior constituyen un plato razonable, y, sazonado con un poco de pimienta o sal, quedará muy bien, hervido, a los cuatro días, especialmente en invierno.

He calculado que en promedio los recién nacidos pesan doce libras y, en un año solar, si están aceptablemente bien alimentados, aumentarán a veintiocho libras.

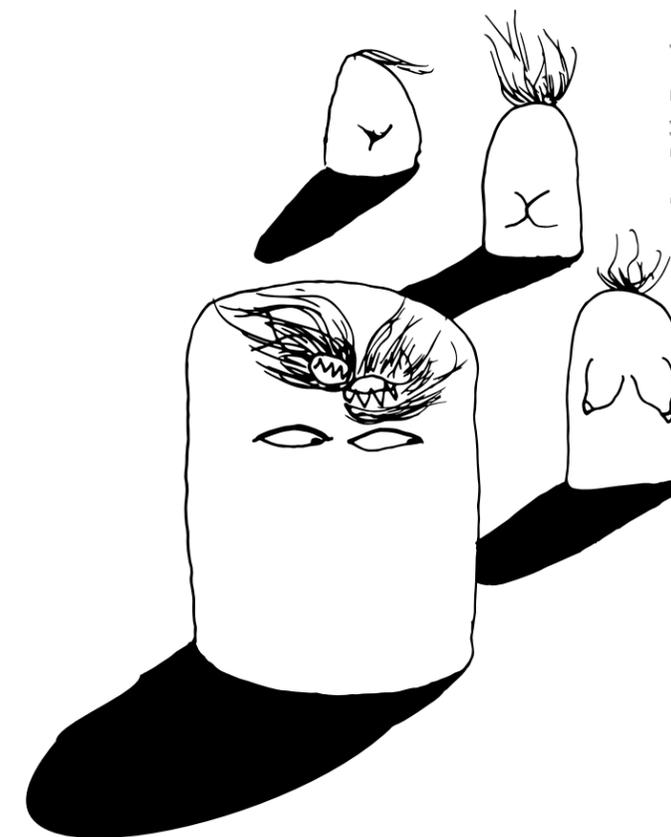
Concedo que esta comida será algo cara, y, por ello muy apropiada para los terratenientes, quienes, como ya se han devorado la mayoría de los padres, parecen tener derecho a los niños antes que otros.

La carne de infante será de estación durante todo el año, pero más abundante en marzo, y un poco antes y después porque, según nos lo dice un serio autor, un eminente médico francés, siendo el pescado un alimento prolífico, en los países Católicos Romanos nacen más niños unos nueve meses después de la Cuaresma que en ninguna otra época. Así, calculando un año después de la Cuaresma, los mercados estarán más colmados que de costumbre porque la proporción de infantes Papistas en este país es por lo menos de tres a uno y, por consiguiente, tendrá otra ventaja colateral al rebajar entre nosotros el número de Papistas.

He estimado ya que el costo de alimentar el niño de un mendigo (entre los cuales incluyo a todos los aldeanos, jornaleros, y cuatro quintas partes de los granjeros) es de unos dos chelines *per annum*, incluyendo los harapos, y creo que ningún caballero escatimaría diez chelines por el cadáver de un buen niño gordito, el cual, como ya lo he dicho, alcanza para cuatro platos de excelente y nutritiva carne, cuando cene solo o en compañía de un amigo íntimo de la familia. De este modo, un propietario aprenderá a ser un buen terrateniente y se volverá popular entre sus colonos, la madre tendrá una ganancia neta de ocho chelines y estará en condiciones de trabajar hasta que produzca otro niño.

Aquellos más dados a economizar (y debo confesar que los tiempos así lo requieren), pueden despellejar el cadáver cuya piel, curtida artificialmente, servirá para hacerles a las damas guantes dignos de admiración, y botas de verano a los caballeros distinguidos.

En cuanto a nuestra ciudad de Dublin, se pueden asignar maderos para este propósito en los sitios más convenientes y podemos estar tranquilos de que no faltarán carniceros, aunque yo más bien recomiendo comprar niños vivos, y aderezarlos recién degollados, tal como hacemos con los lechones asados. ◀



## Próximos títulos en la RVC

Una avanzada del Islam en la Habana Vieja

Nostalgia business

Ha caído Deepak Chopra sobre nuestras amas de casa

Palabras a nuestros jóvenes vegetarianos

El verano del pescador de clarias

Aquí nadie le teme a Alexis de Tocqueville

Tiene la palabra el mozalbete vendedor de porno, torero de la leche

Elogio del sinólogo

Apuntes de un pensador tartamudo

Comerse un Macedonio

Ripios de la apatía

Ganar El pellisco

**Santiago Díaz M**, Optimista Taladro... Sentencioso filodoxo entregado a profundas reflexiones sobre el “female sport”, la pasmadera y todo lo demás. Es autor de Notas para unos cuentos del cansancio.

**Julio Llopiz-Casal**... un gamo suelto. Seguramente el único “joven valor de la plástica” capaz de asociar en una misma idea a Lezama, Virgilio y Piero Manzoni. En su obra no excluye el reguetón, la política ni lo que vino después de Warhol.

**Julián Bravo Rodríguez, jblarga**... Hay que ver La Habana o, mejor, hay que verlo todo, desde las alturas de Regla. Vivir en esas alturas le ha dado a Julián un punto de ataque, un tono para el extrañamiento y la ironía. Fiel a sus lomas, buen oteador, este poeta de la Bahía da cuenta de su mirada del desastre en [www.patilargablog.wordpress.com](http://www.patilargablog.wordpress.com)

**Raquel Cruz**... o una historia del arte conversada. Personaje cuya principal carta de autenticidad está en la resistencia de sus miradas críticas. Todo lo que escribe nace de una resistencia, de una ofensiva que no hay que confundir con retirada. Ese es también su arte dentro del Arte, su broma ante la Broma.

**Juan Pablo Estrada**... camagüeyano de oficio. Uno de los pocos fotógrafos de Cuba a quienes no se le aplicaría la greguería de Ramón Gómez de la Serna: “el ideal del joven aspirante a fotógrafo es comprarse la mejor cámara para hacer fotografías de miserables”. Nuestro camagüeyano no hace de la miseria otra vaquita lechera. Estudia en el ISA. Se aburre como un candado en ese pantano de las artes.

**Kevin Ávila**... Pintor, escultor, diseñador, fotógrafo y videocineasta. Otro camagüeyano de paso por esas extrañas Artes Visuales del ISA. Es autor, entre otros, del documental de culto “El hacedor de trajes fashion”. Se dice siente nostalgia por aquel encuentro entre Kenya West y John Baldassari.

**Ezequiel Suárez**... Artista de los medios. Entre otros, medios de comunicación, medios tonos (no siempre) y medios días. A veces está en Jagüey, a veces en 6 y a veces en 12. Vive y trabaja en Yutong... Por la Central.

